

E. P. THOMPSON

COSTUMBRES EN COMÚN

CRÍTICA
GRIJALBO MONDADORI
BARCELONA

*A Martin Eve,
un tipo nada común*

cultura Libre

Título original:

CUSTOMS IN COMMON

The Merlin Press, Ltd., Londres

Traducción castellana de JORDI BELTRAN y EVA RODRÍGUEZ

Revisión de ELENA GRAU

Cubierta: Enric Satué

© 1991: E. P. Thompson

© 1995 de la traducción castellana para España y América:

CRÍTICA (Grijalbo Mondadori, S.A.), Aragó, 385, 08013 Barcelona

ISBN: 84-7423-628-2

Depósito legal: B. 394-1995

Impreso en España

1995. - NOVAGRÁFIK, Puigcerdà, 127, 08019 Barcelona

dad, conceptos que pueden tener poco que ver con la instrucción cristiana pero que nacen de los intercambios elementales de la vida material.

Había aquí un «discurso» plebeyo, casi debajo del nivel de perspicuidad, que apelaba a solidaridades asumidas tan profundamente, que eran casi anónimas, y que sólo de vez en cuando encontraba expresión en los anales (muy imperfectos) que tenemos. Walter Stephens, acusado de participar en un motín ante la encomienda especial de Gloucestershire en diciembre de 1766, supuestamente declaró que «lo que la chusma había hecho estaba bien y era justificable, y que pese a la actuación de los Jueces, lo tendrían todo Nivelado antes de que transcurriese mucho tiempo».²³⁸ No cabe duda de que eso no es pensamiento político lícito, y el King's College de Cambridge no permitirá que pase. Pero Walter Stephens lo dijo en un momento en que se encontraba en peligro de que lo juzgaran y condenaran a muerte a causa de estas opiniones (lo cual, en la actualidad —al menos que yo sepa—, no se corresponde con la situación de los miembros de la junta de gobierno del King's) y sus intenciones merecen nuestro respeto.

La investigación comparada de lo que es «la moral» (ya sea como norma o como estructura cognitiva) nos ayudará a entender estas intenciones. Es un programa para la investigación hacia adelante. Sería una lástima dejar a los futuros historiadores sin nada que hacer. En cualquier caso, aunque yo engendré el término «economía moral» y lo introduje en el actual discurso académico, hace ya mucho tiempo que el término olvidó quién es su padre. No quiero repudiarlo, pero ha alcanzado la mayoría de edad y ya no soy responsable de sus actos. Será interesante ver lo que hace a partir de ahora.

238. Alegato de la Corona en PRO, TS 11/1188/5956. No he podido averiguar qué le ocurrió a Walter Stephens. Su nombre no aparece en el Calendario de Presos en TS 11/995/3707. Puede que retrasen las acusaciones contra él, o puede que fuese el Thomas Stephens encarcelado por amotinarse y por diversos desafueros y felonías, el que aparece en el Calendario con una anotación de «absuelto».

6. TIEMPO, DISCIPLINA DE TRABAJO Y CAPITALISMO INDUSTRIAL

Teníamos un viejo Sirviente cuyo nombre era *Wright* Trabajando constantemente, aunque con paga Semanal, de oficio era Carpintero de carros ... Ocurrió una mañana que un Carro se Estropeó en el Camino ... fuimos a buscar al Viejo para que lo reparase donde estaba; mientras se hallaba ocupado con su Trabajo, para un Paisano que le conocía y le saluda con el Cumplido acostumbrado, *Buenos días, Padre Wright, Buena suerte con tu Trabajo*; el Anciano alza los ojos para mirarle ... y con una especie de Hosquedad agradable, contestó, *Lo mismo me da que la tenga o que no, es Día de Trabajo*.

D. DEFOE, *The great law of subordination considered; or the insolence and insufferable behaviour of SERVANTS in England duly enquired into* (1724)

Para la Parte superior de la Humanidad el Tiempo es un Enemigo, y ... su principal Trabajo es martirio; mientras que para los demás el Tiempo y el Dinero son casi sinónimos.

HENRY FIELDING, *An enquiry into the causes of the late increase of robbers* (1751)

Tess ... ascendió por el oscuro y tortuoso callejón o calle que no estaba pensado para avanzar con rapidez; una calle hecha antes de que tuvieran valor las pulgadas de terreno y cuando los relojes de una sola manecilla dividían el día suficientemente.

THOMAS HARDY

I

Es un lugar común que los años que van de 1300 a 1650 vieron importantes cambios en la percepción del tiempo, en la cultura intelectual de Europa occidental.¹ En los *Cuentos de Canterbury*, el gallo todavía aparece en su papel inmemorial de reloj de la naturaleza: Chauntecleer.

Levantó los ojos hacia el resplandeciente sol
(que había recorrido en el signo de Tauro poco más de veintiún
[grados],
y conoció, por instinto, y por aprendizaje alguno,
que era la hora de prima.
En consecuencia cantó con voz jovial ...
(Trad. de Juan G. de Luaces, Barcelona, 1946.)*

Pero a pesar de que «Conocía por instinto cada grado ascendente del círculo equinoccial» el contraste entre el tiempo «de la naturaleza» y del reloj se destaca en la imagen:

Era más grata su voz que el órgano que sonaba en la iglesia los días
[de misa,
y su cantar mucho más infalible que un reloj de abadía.
(*Ibid.*)**

Es este un reloj muy antiguo: Chaucer (contrariamente a Chauntecleer) vivía en Londres y conocía las horas de la corte, la organización urbana y ese «tiempo del comerciante» que Jacques Le Goff, en un estimulante artículo de *Annales*, ha contrastado con el tiempo de la Iglesia medieval.²

1. Lewis Mumford hace afirmaciones sugerentes en *Technics and civilization*, Londres, 1934, esp. pp. 12-18, 196-199; véanse también S. de Grazis, *Of time, work, and leisure*, Nueva York, 1962; Carlo M. Cipolla, *Clocks and culture, 1300-1700*, Londres, 1967, y Edward T. Hall, *The silent language*, Nueva York, 1959.

* [Caste up his eyen to the brighte sonne, / That in the signe of Taurus hadde yronne / Twenty degrees and oon, and somewhat moore, / He knew by kynde, and by noon oother loore / That it was pryme, and crew with blisful stevene.]

** [Wel sikerer was his crowyng in his logge / Than is a clokke, or an abbey orlogge.]

2. J. Le Goff, «Au Moyen Âge: temps de l'Église et temps du marchand», *Annales ESC*, XV (1960); y del mismo autor, «Le temps du travail dans la "crise"»

No me interesa polemizar sobre la medida en que el cambio se debió a la difusión de los relojes desde el siglo XIV en adelante o en qué medida era esto en sí mismo síntoma de una nueva disciplina puritana y exactitud burguesa. Como quiera que lo consideremos, el cambio se ha producido con toda certeza. El reloj sube al escenario isabelino, convirtiendo el último soliloquio de Fausto en un diálogo con el tiempo: «aún se mueven los astros, el tiempo corre, el reloj va a sonar». El tiempo sideral, presente desde que empezara la literatura, se ha trasladado, en un solo movimiento, de los cielos al hogar. La mortalidad y el amor se sienten con más intensidad mientras «el lento avanzar de la manecilla en movimiento»³ cruza la esfera. Cuando el reloj se lleva alrededor del cuello descansa próximo a los latidos menos regulares del corazón. Las convencionales imágenes isabelinas del tiempo como tirano devorador, mutilador y sangriento, como segador de guadaña, son ya antiguas, pero tienen una nueva inminencia e insistencia.⁴

Con el avanzar del siglo XVII la imagen del mecanismo de relojería se extiende, hasta que, con Newton, ha absorbido el universo. Y hacia mediados del siglo XVIII (si hemos de creer a Sterne) el reloj ha penetrado en niveles más íntimos. Porque el padre de Tristram Shandy —«en todo lo que hacía era ... de lo más metódico»—, «se había impuesto como norma durante muchos años de su vida dar cuerda a un gran reloj que se encontraba tras la escalera de la casa, la noche de cada domingo de mes durante todo el año». «Probablemente llegó gradualmente a programar con idéntica frecuencia algunas otras pequeñas obligaciones conyugales», y esto permitió a Tristram fechar su concepción con toda exactitud. También provocó *The Clockmaker's Outcry against the Author*:

Las instrucciones que había recibido para la confección de varios relojes para el país han sido revocadas; porque ninguna dama reca-

du XIV^e siècle: du temps médiéval au temps moderne», *Le Moyen Âge*, LXIX (1963).

3. M. Drayton, «Of his ladies not comming to London», *Works*, ed. J. W. Hebel, Oxford, 1932, III, p. 204.

4. El cambio se examina en Cipolla, *op. cit.*; Erwin Sturzl, «Der Zeitbegriff in der Elisabethanischen Literatur», *Wiener Beiträge zur Englischen Philologie*, LXIX (1965); Alberto Tenenti, *Il senso della morte e l'amore della vita nel Rinascimento*, Milán, 1957.

tada se atreve hoy a decir una palabra con respecto a dar cuerda al reloj, sin exponerse a las furtivas miradas y las bromas maliciosas de la familia ... Más aún, la expresión corriente de las mujeres de la vida es, «Señor, ¿quiere que dé cuerda a su reloj?».

Virtuosas matronas (se lamentaba el «relojero») están relegando sus relojes a los cuartos trasteros porque «estimulan los actos de carnalidad».⁵

Pero no es probable que estas impresiones poco precisas hagan progresar la cuestión que nos ocupa: ¿hasta qué punto, y en qué forma, afectó este cambio en el sentido del tiempo a la disciplina de trabajo, y hasta qué punto influyó en la percepción interior del tiempo de la gente trabajadora? Si la transición a la sociedad industrial madura supuso una severa reestructuración de los hábitos de trabajo —nuevas disciplinas, nuevos incentivos y una nueva naturaleza humana sobre la que pudieran actuar estos incentivos de manera efectiva—, ¿hasta qué punto está todo esto en relación con los cambios en la representación interna del tiempo?

II

Es sabido que entre pueblos primitivos la medida del tiempo está generalmente relacionada con los procesos habituales del ciclo de trabajo o tareas domésticas. Evans-Pritchard ha analizado el sentido del tiempo de los nuer:

El horario diario es el del ganado, la ronda de las tareas de pastoreo, y el paso del tiempo a través de un día es, para un nuer, primordialmente la sucesión de dichas tareas y sus relaciones mutuas.

Entre los nandi se desarrolló una definición ocupacional del tiempo que no solamente cubría todas las horas, sino también las medias horas del día —a las 5.30 de la mañana los bueyes han ido al lugar de apacentamiento, a las 6 se ha soltado a las ovejas, a las 6.30 el sol ha crecido, a las 7.30 las cabras han ido a pastar, etc.—, una

5. Anónimo, *The Clockmaker's Outcry against the Author of ... Tristram Shandy*, Londres, 1760, pp. 42-43.

economía extraordinariamente bien regulada. De forma similar se desarrollan los términos en que se miden los intervalos de tiempo. En Madagascar una forma de medir el tiempo es «una cocción de arroz» (alrededor de media hora) o «la fritura de una langosta» (un momento). A los nativos de Cross River se les oyó decir que «el hombre murió en menos tiempo que tarda el maíz en quedar completamente tostado» (menos de quince minutos).⁶

No es difícil encontrar ejemplos de esto más próximos a nosotros en tiempo cultural: Así, en el Chile del siglo XVII, el tiempo se medía con frecuencia en «credos»: en 1647 se describió la duración de un terremoto como el periodo de dos credos; mientras que se determinaba el tiempo de cocción de un huevo por la duración de un «avemaría» en voz alta. En época reciente, en Birmania, los monjes se levantaban al amanecer «cuando hay suficiente luz para ver las venas de las manos».⁷ El *Oxford English Dictionary* ofrece algunos ejemplos ingleses: «pater noster wyle», «miserere whyle» (1450); y (en el *New English Dictionary* pero no en el *Oxford English Dictionary*) «tiempo de orinar», una medida un tanto arbitraria.

Pierre Bourdieu ha explorado más de cerca las actitudes ante el tiempo del campesino kabileño (en Argelia) en años recientes: «Una actitud de sumisión y de impasible indiferencia al paso del tiempo que nadie sueña siquiera en dominar, utilizar o ganar ... La prisa se considera una falta de decoro combinada con una ambición diabólica». El reloj se conoce a veces como «el molino del diablo»; no hay horas precisas de comer; «la noción de una cita exacta es des-

6. E. E. Evans-Pritchard, *The Nuer*, Oxford, 1940, pp. 100-104 [hay traducción castellana: *Los Nuer*, Barcelona, 1977, pp. 116-120]; M. P. Nilsson, *Primitive time reckoning*, Lund, 1920, pp. 32-33, 42; P. A. Sorokin y R. K. Merton, «Social time: A methodological and functional analysis», *American Journal of Sociology*, XLII (1937); A. I. Hallowell, «Temporal orientación in western civilization and in a pre-literate society», *American Anthropology*, Nueva Serie, XXXIX (1937). Otras fuentes para la noción primitiva del tiempo se citan en H. G. Alexander, *Time as dimension and history*, Albuquerque, 1945, p. 26, y Beate R. Salz, «The human element in industrialization», *Economic development and Cultural Change*, IV (1955), esp. pp. 94-114.

7. E. P. Salas, «L'évolution de la notion du temps et les horlogers à l'époque coloniale au Chili», *Annales ESC*, XXI (1966), p. 146; *Cultural patterns and technical change*, ed. M. Mead, UNESCO, Nueva York, 1953, p. 75.

conocida; sólo aceptan encontrarse "en el próximo mercado"». Hay una canción popular que dice:

Es inútil perseguir el mundo. Nadie lo alcanzará.⁸

Synge, en su bien observado relato sobre las islas Aran, nos ofrece un ejemplo clásico:

Mientras paseo con Michael alguien se me acerca a menudo para preguntarme la hora. Poca de esta gente, sin embargo, está lo suficientemente acostumbrada al tiempo moderno para comprender más que de una forma imprecisa la convención de las horas y cuando se la digo es por mi reloj por lo que no quedan satisfechos y preguntan cuánto les queda hasta el atardecer.⁹

El conocimiento general del tiempo en esta isla depende, curiosamente, de la dirección del viento. Prácticamente todas las chozas se construyen ... con dos puertas, una frente a la otra, de las cuales la más protegida se mantiene abierta todo el día para que dé luz al interior. Si sopla viento norteño se abre la puerta sur y la sombra de la jamba de la puerta indica la hora en su movimiento sobre el suelo de la cocina; tan pronto como el viento cambia, viniendo del sur, se abre la otra puerta, y las gentes, a las que jamás se les ha ocurrido utilizar ni siquiera una esfera primitiva, se encuentran perdidas ...

Cuando el viento es del norte la anciana prepara mis comidas con cierta regularidad; pero en los demás días me hace con frecuencia el té a las tres en lugar de a las seis ...¹⁰

Naturalmente, una indiferencia tal ante las horas del reloj sólo se podía dar en una comunidad de pequeños agricultores y pescadores con una estructura mínima de comercialización y administración, y en la cual las tareas cotidianas (que pueden variar desde pescar a labrar

8. P. Bourdieu, «The attitude of the Algerian peasant toward time», en *Mediterranean Countrymen*, ed. J. Pitt-Rivers, París, 1963, pp. 55-72. [It is useless to pursue the world. No one will ever overtake it.]

9. Cf. *ibid.*, p. 179: «Los hispanoamericanos no regulan sus vidas por el reloj como hacen los anglosajones. Tanto la población rural como la urbana, al serles preguntado cuándo piensan hacer alguna cosa, da respuestas como: "Ahora mismo, a las dos o las cuatro"».

10. J. M. Synge, *Plays, poems, and prose*, Everyman ed., Londres, 1941, p. 257.

la tierra, construir, remendar las redes, bardar, hacer una cuna o un ataúd) parecen revelarse ante los ojos del labrador por la lógica de la necesidad." Pero esta exposición nos servirá para destacar los condicionamientos esenciales en las distintas notaciones del tiempo que proporcionan las diferentes situaciones de trabajo y su relación con los ritmos «naturales». Está claro que los cazadores deben utilizar ciertas horas de la noche para colocar sus trampas. Los pueblos pescadores y marineros tienen que integrar sus vidas con las mareas. Una petición de Sunderland de 1800 incluye las palabras «considerando que es este un puerto de mar en el cual mucha gente se ve obligada a permanecer levantada toda la noche para atender a las mareas y a sus asuntos en el río».¹¹ La frase operativa es «atender las mareas»; la organización del tiempo social en el puerto se ajusta a los ritmos del mar; y esto parece natural y comprensible al pescador o el marinero: la compulsión pertenece a la naturaleza.

De manera similar, el trabajar de amanecer a anochecer puede parecer «natural» en una comunidad agrícola, especialmente durante los meses de cosecha: la naturaleza exige que se recolecte el grano antes de que comiencen las tormentas. Y se pueden observar ritmos de trabajo igualmente «naturales» relacionados con otras ocupaciones rurales e industriales: hay que ocuparse de las ovejas mientras crían y guardarlas de los depredadores; hay que ordeñar las vacas; se debe vigilar el fuego del carbón y no permitir que llegue a quemar la turba (y los carboneros tienen que dormir a su lado); una vez que se comienza la producción de hierro, no se puede permitir que fallen los hornos.

La notación del tiempo que surge de estos contextos ha sido descrita como «orientación al quehacer». Es quizá la orientación más efectiva en las sociedades campesinas, y es importante en las

11. El suceso más importante en la relación de las islas con una economía externa durante la época de Synge fue la llegada del barco de vapor, cuyas horas podían verse muy afectadas por la marea y el tiempo. Véase Synge, *The Aran Islands*, Dublin, 1907, pp. 115-116.

12. PRO, WO 40/17. Es interesante observar otros ejemplos en que se reconoce que las horas de las tareas marinas estaban en pugna con las rutinas urbanas: el Tribunal del Almirantazgo estaba siempre abierto, «pues que los forasteros y mercaderes, y hombres de mar, tienen que aprovechar la oportunidad de mareas y vientos, y no pueden, sin ruina y gran perjuicio, asistir a las solemnidades de los tribunales y alegatos dilatorios» (E. Vansittart Neale, *Feasts and fasts*, Londres, 1845, p. 249), mientras que en algunas legislaciones sabatarias se hacía una excepción para los pescadores que divisaban un banco de peces cerca de la costa en día de descanso.

industrias locales pequeñas y domésticas. No ha perdido de ninguna manera toda su relevancia en ciertas zonas rurales de la Inglaterra actual. Se pueden proponer tres puntos sobre la orientación al quehacer. El primero es que, en cierto sentido, es más comprensible humanamente que el trabajo regulado por horas. El campesino o trabajador parece ocuparse de lo que es una necesidad constatada. En segundo lugar, una comunidad donde es normal la orientación al quehacer parece mostrar una demarcación menor entre «trabajo» y «vida». Las relaciones sociales y el trabajo están entremezclados —la jornada de trabajo se alarga o contrae de acuerdo con las labores necesarias— y no existe mayor sentido de conflicto entre el trabajo y el «pasar el tiempo». En tercer lugar, al hombre acostumbrado al trabajo regulado por reloj, esta actitud hacia el trabajo le parece antieconómica y carente de apremio.¹³

Una diferenciación tan clara supone, desde luego, como referente, al campesino o artesano independientes. Pero la cuestión de la orientación al quehacer se hace mucho más compleja en el caso de que el trabajo sea contratado. La economía familiar del pequeño agricultor puede estar en términos generales orientada al quehacer; pero dentro de ella puede existir una división del trabajo y una distribución de papeles, así como la disciplina de la relación patrón-empleado entre el campesino y sus hijos. Incluso en este caso empieza el tiempo a convertirse en dinero, dinero del patrón. Tan pronto como se utilizan verdaderos braceros se señala el cambio, de orientación al quehacer a trabajo regulado. Es cierto que la regulación del trabajo puede hacerse sin reloj ninguno, y de hecho precede a la difusión del reloj. Pero, a mediados del siglo XVII, los campesinos acomodados calculaban sus expectativas sobre el trabajo contratado (como lo hizo Henry Best) en «jornadas»: «el Cunnigarth, con sus tierras bajas, supone cuatro largas jornadas regulares», etc.;¹⁴ y lo que Best hizo en sus propias tierras, intentó presentarlo Markham de forma general:

13. Henri Lefebvre, *Critique de la vie quotidienne*, París, 1958, II, pp. 52-56, prefiere la distinción entre «tiempo cíclico» —que surge del cambio en las ocupaciones agrícolas de temporada— y «tiempo lineal» de la organización urbana e industrial. Más sugestiva es la distinción de Lucien Febvre entre «Le temps vécu et le temps-mesure», *Le problème de l'incroyance au XVI^e siècle*, París, 1947, p. 431. Un examen tan esquemático de la organización de las tareas en las economías primitivas se encuentra en Stanley H. Udy, *Organisation of work*, New Haven, 1959, cap. 2.

14. *Rural Economy in Yorkshire in 1641 ... Farming and Account Books of Henry Best*, ed. C. B. Robinson (Surtees Society, XXXIII), 1857, pp. 38-39.

Un hombre ... puede segar de Cereal, como Cebada y Avena, si es grueso, leñoso y abatido hasta el suelo, trabajando bien, y no cortando las cabezas de las espigas, y dejando la caña aún en crecimiento, acre y medio al día: pero si el cereal es bueno, grueso y bien erguido, puede entonces segar dos acres o dos acres y medio al día; pero si el cereal es corto y fino, puede entonces segar tres, y a veces cuatro acres al día, y no trabajar en exceso ...¹⁵

El cálculo es difícil y depende de muchas variables. Evidentemente, una forma directa de medir el tiempo era más conveniente.¹⁶

Esta forma de medir el tiempo encarna una relación simple. Los que son contratados experimentan una diferencia entre el tiempo de sus patronos y su «propio» tiempo. Y el patrón debe *utilizar* el tiempo de su mano de obra y ver que no se malgaste: no es el quehacer el que domina sino el valor del tiempo al ser reducido a dinero. El tiempo se convierte en moneda: no pasa sino que se gasta.

Este contraste puede observarse en cierta medida, en las actitudes hacia dinero y trabajo, en dos pasajes del poema de Stephen Duck, «The thresher's labour».¹⁷ El primero describe una situación laboral que nosotros consideramos como normal en los siglos XIX y XX:

Rebotan las duelas de manzano silvestre de nuestros tabloneros,
y el eco de los graneros devuelve el golpeteo.
Vuelan al aire nuestras nudosas armas;
y con igual fuerza descienden después desde la altura:
abajo, arriba, tan bien marcan el tiempo,
que los martillos de los *ciclopes* no pudieron repicar con más
[fidelidad ...

15. G. M., *The enrichment of the Weald of Kent*, Londres, 1660¹⁰, cap. XII: «Un cálculo general de los hombres, y de los trabajos de las reses: lo que cada uno puede realizar sin perjuicio cotidianamente», pp. 112-118.

16. El cálculo salarial todavía implicaba, por supuesto, la jornada estatuida de amanecer a atardecer, definida, tan tarde como 1724, en una relación de Lancashire: «Trabajarán desde las cinco de la mañana hasta entre siete y ocho de la noche, desde mediados de marzo a mediados de septiembre», y desde ese momento «desde la primavera del día hasta la noche», con dos medias horas para beber y una hora para comer y (en verano solamente) media hora de sueño: «por lo demás, por cada hora de ausencia se descontará un penique»: *Annals of Agriculture*, XXV (1796).

17. «The threshers labour», ed. de E. P. Thompson y Marian Sugden (1989).

Desciende rítmicamente nuestro sudor en salados arroyos,
 cayendo de nuestras guedejas o resbalando por la cara.
 No conocemos interrupción en nuestro quehacer;
 la ruidosa trilla siempre ha de seguir,
 ausente el patrón, otros se solazan sin temor;
 el trillador dormido se traiciona.
 Ni siquiera para engañar la tediosa labor,
 y que con dulzura sonrían los minutos que pasan,
 podemos, como pastores, contar alegres historias,
 la voz se pierde, ahogada por el estrepitoso golpear...

Semana tras semana nos esforzamos en este duro quehacer,
 hasta que los días de aventar traen algo nuevo;
 nuevo sí, muchas veces peor,
 el trillador sólo se rinde ante la maldición de su patrón;
 cuenta los sacos, cuenta las medidas del día,
 y luego jura que hemos malgastado la mitad de la jornada.
 ¡Pero, pillos! ¿Pensáis que esto es bastante?
 Vuestros vecinos trillan dos veces más.*

Esto parece describir la monotonía, la alienación del placer en el trabajo, y el antagonismo de intereses que se atribuye generalmente al sistema fabril. El segundo pasaje describe la recolección:

Por fin descansa en filas el grano bien secado,
 grata escena, listo para los graneros.
 Bien contento mira el patrón la escena con regocijo,
 y nosotros empleamos toda nuestra fuerza para transportarlo.

* [From the strong Planks our Crab-Tree Staves rebound, / And echoing Barns return the rattling Sound. / Now in the Air our knotty Weapons Fly; / And now with equal Force descend from high: / Down one, one up, so well they keep the Time, / That Cyclops Hammers could not truer chime ... / In briny Streams our Sweat descends apace, / Drops from our Locks, or trickles down our Face. / No intermission in our Works we know; / The noisy Threshall must for ever go. / Their Master absent, others safely play; / The sleeping Threshall doth itself betray. / Nor yet the tedious Labour to beguile, / And make the passing Minutes sweetly smile, / Can we, like Shepherds, tez a merry Tale? / The Voice is lost, drown'd by the noisy Flail // Week after Week we this dull Task pursue, / Unless when winnowing Days produce a new; / A new indeed, but frequently a worse, / The Threshall yields but to the Master's Curse: / He counts the Bushels, counts how much a Day, / Then swears we 've idled half our Time away. / Why look ye, Rogues! D'ye think that this will do? / Your Neighbours thresh as much again as you.]

Pronto reina la confusión sobre los campos,
 y llenan los oídos del trabajador clamores que le aturden;
 las campanas, y el restallar de los látigos alternan su sonido,
 y retumban sobre el suelo los carros traqueteantes.
 Metido el trigo, los guisantes y otros granos,
 comparten la misma suerte y pronto dejan la llanura pelada;
 en clamoroso triunfo arranca la última carga,
 y fuertes hurras proclaman el final de la cosecha.*

Es esta, por supuesto, una pieza establecida y obligatoria de la poesía agraria del siglo XVIII. Y también es cierto que se mantenía la moral del jornalero con las altas ganancias de la recolección. Pero sería un error considerar la situación de recolección en términos de respuesta directa a estímulos económicos. Es también un momento en el que los viejos ritmos colectivos rompen sobre los nuevos, y puede exhibirse una buena cantidad de folclore y hábitos rurales como evidencia que confirma la satisfacción psíquica y las funciones rituales —por ejemplo, el momentáneo olvido de diferencias sociales— del hogar de la cosecha. «¡Qué pocos saben hoy —escribe M. K. Ashby— lo que era participar en una cosecha hace noventa años! Aunque los desheredados no obtuvieron gran parte de los frutos, compartían, sin embargo, el éxito, la profunda dedicación y gozo de éste.»¹⁸

III

No está de ningún modo claro hasta qué punto estaba extendida la posibilidad de disponer de relojes precisos en la época de la Revolución industrial. Desde el siglo XIV en adelante se erigieron relojes en iglesias y lugares públicos; la mayoría de las parroquias inglesas

* [At length in Rows stands up the well-dry'd Corn, / A grateful Scene, and ready for the Barn. / Our well-pleas'd Master views the Sight with joy, / And we for carrying all our Force employ. / Confusion soon o'er all the Field appears, / And stunning Clamours fill the Workmens Ears; / The Bells, and clashing Whips, alternate sound, / And rattling Waggons thunder o'er the Ground. / The Wheat got in, the Pease, and other Grain, / Share the same Fate, and soon leave bare the Plain; / In noisy Triumph the last Load moves on, / And loud Huzza's proclaim the Harvest done.]

18. M. K. Ashby, *Joseph Ashby of Tysoe*, Cambridge, 1961, p. 24.

deben haber poseído un reloj de iglesia hacia finales del siglo XVI.¹⁹ Pero la precisión de estos relojes es una cuestión polémica y se mantuvo el uso de relojes de sol (en parte para poner los demás en hora) en los siglos XVII, XVIII y XIX.²⁰

Continuaron haciéndose donativos caritativos en el siglo XVII (algunas veces extendidos como «tierras de reloj», «tierras de ding-dong» o «tierras de campana de toque de queda») para que se tocaran las campanas al alba y se diera el toque de queda.²¹ Así, Richard Palmer de Wokingham (Berkshire) cedió en 1664 la administración de unas tierras para que se pagara al sacristán el toque de la campana grande todas las mañanas a las cuatro, o lo más aproximado posible a estas horas, desde el 10 de septiembre al 11 de marzo todos los años

no sólo para que todos los que vivan a distancia que puedan oír su sonido sean así inducidos a un oportuno marchar a descansar por la noche y un temprano madrugar por la mañana para las labores y deberes de sus muchos quehaceres (cosas comúnmente atendidas y premiadas con frugalidad y pericia) ...

sino también para que los forasteros y otras personas que oyeran la campana en las noches de invierno «pudieran enterarse de la hora de la noche, y recibir cierta orientación sobre el camino apropiado». Estos «fines racionales», creía, «no podían sino ser muy del agrado de las gentes discretas, siendo lo mismo hecho y bien visto en la mayoría de las ciudades y mercados, y otros muchos lugares del reino ...». La campana recordaría también a los hombres su carác-

19. Para la primera evolución de los relojes, véanse Carlo M. Cipolla, *Clocks and culture, passim*; A. P. Usher, *A history of mechanical inventions*, ed. rev., Harvard, 1962, cap. VII; Charles Singer y otros, eds., *A history of technology*, Oxford, 1956, III, cap. XXIV; R. W. Symonds, *A history of English clocks*, Penguin, 1947, pp. 10-16, 33; E. L. Edwards, *Weight-driven chamber clocks of the Middle Ages and Renaissance*, Alrincham, 1965.

20. M. Gatty, *The Book of Sun-dials*, ed. rev., Londres, 1900. Para un ejemplo de un tratado que explica en detalle la forma de determinar las horas con el reloj de sol, véase John Smith, *Horological Dialogues*, Londres, 1675. Para ejemplos de mercedes concedidas para relojes de sol, véase C. J. C. Beeson, *Clockmaking in Oxfordshire*, Banbury Hist. Assn., 1962, pp. 76-78; A. J. Hawkes, *The clockmakers and watchmakers of Wigan, 1650-1850*, Wigan, 1950, p. 27.

21. Puesto que muchos de los primeros relojes de iglesia no daban las horas, estaban complementados con un campanero.

ter pasajero, la resurrección y el juicio.²² El sonido servía mejor que la vista, especialmente en distritos industriales en vías de desarrollo. En los distritos textiles del West Riding, en las Potteries (y probablemente en otros distritos), se utilizaba aún el cuerno para despertar a la gente por la mañana.²³ El labrador levantaba en ocasiones a sus propios braceros yendo a sus cabañas; y sin duda el aldabonazo de aviso empezó con las primeras fábricas.

Un gran avance en la precisión de los relojes domésticos se logró con la aplicación del péndulo en 1658. Los relojes de pared empezaron a difundirse más desde la década de 1660, pero los que tenían minuterio (y agujas para las horas) se generalizaron bastante más tarde.²⁴ En cuanto a aparatos más transportables, el reloj de bolsillo era de precisión dudosa hasta que se hicieron ciertos progresos en el escape y se aplicó el muelle de equilibrio espiral después de 1674.²⁵ Aún se preferían los adornos y la riqueza en el diseño a la mera funcionalidad. Un diarista de Sussex anotó en 1688:

compré ... un reloj de plata, que me costó tres libras ... este reloj da la hora del día, el mes del año, la fase de la luna, y la marea y reflujó de las aguas; y marcha treinta horas habiéndole dado cuerda sólo una vez.²⁶

22. *Charity Commissioners Reports (1837-1838)*, XXXII, parte I, p. 224; véanse también H. Edwards, *A Collection of Old English Customs*, Londres, 1842, esp. pp. 223-227; S. O. Addy, *Household Tales*, Londres, 1895, pp. 129-130; *County Folk-Lore, East Riding of Yorkshire*, ed. Mrs. Gutch, Londres, 1912, pp. 150-151; *Leicestershire and Rutland*, ed. C. J. Bilson, Londres, 1895, pp. 120-121; C. J. C. Beeson, *op. cit.*, p. 36; A. Gatty, *The Bell*, Londres, 1848, p. 20; P. H. Ditchfield, *Old English Customs*, Londres, 1896, pp. 232-241.

23. H. Heaton, *The Yorkshire woollen and worsted industries*, Oxford, 1965, p. 347. Wedgwood parece haber sido el primero en sustituir el cornetín por la campana en las Potteries: E. Meteyard, *Life of Josiah Wedgwood*, Londres, 1865, I, pp. 329-330.

24. W. I. Milham, *Time and timekeepers*, Londres, 1923, pp. 142-149; F. J. Britten, *Old clocks and watches and their makers*, Londres, 1932⁶, p. 543; E. Britton, *The longcase clock*, Londres, 1946, cap. IX.

25. Milham, *op. cit.*, pp. 214-226; C. Clutton y G. Daniels, *Watches*, Londres, 1965; F. A. B. Ward, *Handbook of the collections illustrating time measurement*, Londres, 1947, p. 29; Cipolla, *op. cit.*, p. 139.

26. Edward Turner, «Extracts from the Diary of Richard Stapley», *Sussex Archaeological Collection*, II (1899), p. 113.

El profesor Cipolla sugiere la fecha de 1680 como el momento en que adquirió precedencia la fabricación de relojes ingleses sobre sus competidores europeos.²⁷ La fabricación de relojes había surgido de las destrezas del herrero,²⁸ y todavía puede observarse esta afinidad en los cientos de relojeros independientes que trabajan para encargos locales en sus propios talleres, dispersos a través de las ciudades con mercado e incluso grandes pueblos de Inglaterra, Escocia y Gales en el siglo XVIII.²⁹ Mientras que muchos de ellos no aspiraban más que al simple reloj de campo de caja larga y cuerda para un día, había artesanos de verdadero genio entre ellos. Así por ejemplo John Harrison, relojero y antiguo carpintero de Barton-on-Humber (Lincolnshire), perfeccionó un cronómetro marino, y en 1730 declaraba haber

logrado llevar un reloj más cercano a la verdad, de lo que realmente puede imaginarse, si se considera el vasto número de segundos de tiempo que hay en un mes; en cuyo espacio de tiempo no oscila más de un segundo ... estoy seguro de poder llevarlo a la excelencia de dos o tres segundos al año.³⁰

Y John Tibbot, un relojero de Newtown (Montgomeryshire) había perfeccionado un reloj en 1810 que (decía él) pocas veces oscilaba más de un segundo en dos años.³¹ Entre estos extremos se encontraban todos los numerosos, perspicaces y muy hábiles artesanos que

27. Véase el admirable examen de los orígenes de la industria inglesa en Cipolla, *op. cit.*, pp. 65-69.

28. En fecha tan tardía como 1697 en Londres la Compañía de Herreros disputaba el monopolio a los relojeros (fundada en 1631), basándose en que «es bien sabido que son los originales y verdaderos fabricantes de relojes, etc., y que tienen por ello completa pericia y conocimiento ...»: S. E. Atkins y W. H. Overall, *Some Account of the Worshipful Company of Clockmakers of the City of London*, Londres, 1881, p. 118. Para un herrero-relojero de aldea, véase J. A. Daniell, «The making of clocks and watches in Leicestershire and Rutland», *Trans. Leics. Archaeol. Soc.*, XXVII (1951), p. 32.

29. Se encuentran listas de estos relojeros en F. J. Britten, *op. cit.*; John Smith, *Old Scottish clockmakers*, Edimburgo, 1921, e I. C. Peate, *Clock and watch makers in Wales*, Cardiff, 1945.

30. Documentos de la Compañía de Relojeros, Archivo Gremial de Londres, 6026/1. Véase (para el cronómetro de Harrison) F. A. B. Ward, *op. cit.*, p. 32.

31. I. C. Peate, «John Tibbot, clock and watch maker», *Montgomeryshire Collections*, XLVIII, parte 2, Welshpool, 1944, p. 178.

jugaron un papel de importancia crítica en la innovación técnica de las primeras fases de la Revolución industrial. Este hecho no quedaría oculto para ser descubierto por el historiador: se presentó con energía en ciertas peticiones de los relojeros contra la estimación fiscal en febrero de 1798. Por ejemplo, la petición de Carlisle:

las industrias del algodón y la lana están enteramente endeudadas por el estado de perfección que la maquinaria que allí emplean ha conseguido, al reloj y los relojeros, grandes cantidades de los cuales han estado, desde hace muchos años ... empleados en la invención y construcción así como supervisión de estas maquinarias ...³²

La fabricación relojera en pequeñas localidades sobrevivió hasta el siglo XIX, aunque desde los primeros años de este siglo se hizo corriente que el relojero local comprara las piezas fabricadas en serie en Birmingham, montándolas en su propio taller. En contraste, la fabricación de relojes de bolsillo, desde los primeros años del siglo XVIII, se concentró en unos cuantos centros, de los cuales los más importantes eran Londres, Coventry, Prescott y Liverpool.³³ Desde los comienzos se produjo una minuciosa subdivisión del trabajo en esta industria, facilitando la producción a gran escala y la reducción de los precios: la producción anual de esta industria en su punto más alto (1796) se calculó entre 120.000 y 191.678, una parte sustancial de la cual se destinaba al mercado de exportación.³⁴ El

32. *Commons Journals*, LIII, p. 251. Los testigos de Lancashire y Derby dieron testimonios similares: *ibid.*, pp. 331, 335.

33. Los centros comerciales de fabricación de relojes de pared y de bolsillo que suplicaban contra el impuesto en 1798 fueron: Londres, Bristol, Coventry, Leicester, Prescott, Newcastle, Edimburgo, Liverpool, Carlisle y Derby: *Commons Journals*, LIII, pp. 158, 167, 174, 178, 230, 232, 239, 247, 251, 316. Se afirmaba que sólo en Londres había 20.000 personas dedicadas a este oficio, 7.000 de ellos en Clerkenwell. Pero en Bristol sólo había de 150 a 200. Para Londres, véase M. D. George, *London life in the eighteenth-century*, Londres, 1925, pp. 173-176; Atkins y Overall, *op. cit.*, p. 269; *Morning Chronicle* (19 de diciembre de 1797); *Commons Journals*, LIII, p. 158. Para Bristol, *ibid.*, p. 332. Para Lancashire, *Victoria County History, Lancashire*.

34. El cálculo más bajo lo dio un testigo ante el comité para las peticiones de los relojeros (1798): *Commons Journals*, LIII, p. 328: estimación del consumo anual interior, 50.000; exportación, 70.000. Véase también un cálculo similar (relojes de pared y de bolsillo) para 1813, Atkins y Overall, *op. cit.*, p. 276. El cálculo más alto es el de las cubiertas de relojes de bolsillo con la marca de Goldsmiths Hall —cubiertas de plata, 185.102 en 1796, bajando a 91.346 en 1816— y se encuentra en el

poco afortunado intento de Pitt de cobrar impuestos sobre todo tipo de relojes, aunque sólo duró de julio de 1797 a marzo de 1798, marcó un momento decisivo en el destino de la industria. Ya en 1796 se lamentaba ésta de la competencia de los relojes de bolsillo franceses y suizos; las quejas continuaron incrementándose en los primeros años del siglo XIX. La Compañía de Relojeros declaró en 1813 que el contrabando de relojes de oro baratos había alcanzado proporciones alarmantes, y que aquéllos se vendían en joyerías, mercerías, sombrererías, tiendas de juguetería francesa, perfumerías, etc., «casi exclusivamente para el uso de las clases altas de la sociedad». Al mismo tiempo algunos artículos baratos de contrabando, vendidos por casas de empeño o viajantes de comercio, debían estar llegando hasta las clases más pobres.³⁵

Está claro que había abundantes relojes de todo tipo hacia 1800. Pero no está claro a quién pertenecieran. El doctor Dorothy George, que escribía a mediados del siglo XVIII, sugiere que «el trabajador, como el artesano, poseían con frecuencia relojes de plata», pero esta afirmación es imprecisa en cuanto a la fecha y sólo está ligeramente documentada.³⁶ El precio medio de los relojes sencillos de pared de caja larga fabricados localmente en Wrexham entre 1755 y 1774, oscilaba entre 2 libras y 2 libras 15 chelines; una lista de precios de Leicester, de relojes nuevos sin caja, de 1795, varía de 3 libras a 5 libras. Un reloj bien hecho no costaría menos con toda seguridad.³⁷ En vista de ello, ningún bracero cuyos presupuestos

Report of the Select Committee on the Petitions of Watchmakers, PP, 1817, VI, y 1818, IX, pp. 1, 12.

35. Atkins y Overall, *op. cit.*, pp. 302, 308: calculan (¿excesivamente?) 25.000 relojes de bolsillo de oro y 10.000 de plata importados, en su mayoría ilegalmente, al año; y Anónimo, *Observations on the Art and Trade of Clock and Watchmaking*, Londres, 1812, pp. 16-20.

36. M. D. George, *op. cit.*, p. 70. Se utilizaban, desde luego, varios medios para determinar las horas sin el reloj: los grabados del cardador de lana (en *The Book of English Trades*, Londres, 1818, p. 438) le muestra con un reloj de arena en su banca; los trilladores medían el tiempo siguiendo el movimiento de la luz que entraba por la puerta sobre el suelo del granero; y los mineros de estaño de Cornwall lo medían en los subterráneos con velas (información provista por el señor J. G. Rule).

37. I. C. Peate, «Two Montgomeryshire craftsmen», *Montgomeryshire Collections*, XLVIII, parte 1, Welshpool, p. 5; J. A. Daniell, *op. cit.*, p. 39. El precio medio de los relojes exportados en 1792 era de 4 libras: PP, 1818, IX, p. 1.

fueron registrados por Eden o David Davies podía siquiera soñar con semejantes precios, pudiendo sólo hacerlo los artesanos urbanos mejor pagados. El registro del tiempo (sospechamos) pertenecía a mediados de siglo todavía a la gente acomodada, patronos, agricultores y comerciantes; y es posible que la complejidad de los diseños y la preferencia por los metales preciosos, fueran formas intencionadas de acentuar el simbolismo de estatus.

Pero también parece que la situación empezaba a cambiar en las últimas décadas del siglo. La polémica provocada por el intento de cobrar impuestos sobre todo tipo de relojes en 1797-1798 ofrece una prueba parcial. Fue quizás el más impopular y con toda certeza el más desafortunado de los impuestos de Pitt:

Si tu dinero se lleva, aún te quedan los pantalones;
Y los faldones de la camisa, si tus pantalones logra;
Y la piel, si la camisa; y si los zapatos, los pies desnudos.
Pero, no penséis en los IMPUESTOS: ¡Hemos vencido a la flota
[holandesa]!³⁸

Los impuestos consistían en 2 chelines 6 peniques por los relojes de bolsillo de plata o metal; 10 chelines por los de oro, y 5 chelines por relojes de otro tipo. En los debates que se produjeron sobre este impuesto, las intervenciones de los ministros sólo sobresalieron por sus contradicciones. Pitt declaró que esperaba que el impuesto produjera 200.000 libras al año:

De hecho, creía él, puesto que el número de casas que pagaban impuestos era de 700.000 y ya que en todo hogar había probablemente una persona que llevara reloj, sólo el impuesto sobre los relojes de bolsillo produciría esta suma.

Simultáneamente, como respuesta a las críticas, los ministros mantuvieron que la posesión de relojes era una señal de lujo. El ministro del Tesoro tenía una doble opinión: los relojes «eran desde lue-

38. «A loyal song», *Morning Chronicle* (18 de diciembre de 1797). [If your Money he take — why your Breeches remain; / And the flaps of your Shirts, if your Breeches he gain; / And your Skin, if your Shirts; and if Shoes, your bare feet. / Then, never mind TAXES — We've beat the Dutch fleet!]

go artículos prácticos, pero eran también artículos de lujo ... generalmente en propiedad de personas que podrían muy bien pagar ...». «Se proponía, no obstante, eximir los relojes de tipo más modesto ... que generalmente poseían las clases más pobres.»³⁹ El ministro consideraba claramente este impuesto como una especie de Bolsa de la Fortuna; su cálculo sobrepasaba más de tres veces al del mismo Piloto del reino:

Tabla de estimación

Artículos	Impuesto	Estimación del ministro	Lo cual significaría, en relojes
Relojes de bolsillo de plata y oro	2 chel., 6 pen.	L 100.000	800.000
Relojes de oro	10 chel., 0 pen.	L 200.000	400.000
Otros relojes	5 chel., 0 pen.	L 3 o 400.000	c. 1.400.000

Brillándole los ojos ante la perspectiva de un aumento de ingresos, Pitt revisó sus definiciones: podría poseerse *un solo* reloj de bolsillo (o perro) como artículo de conveniencia, lo que sobrepasara esto serían «pruebas de abundancia».⁴⁰

Desgraciadamente para los cuantificadores del crecimiento económico, se olvidó una cuestión: era imposible cobrar este impuesto.⁴¹ Se ordenó a todas las comunidades domésticas, bajo horribles penas, que enviaran listas de los relojes que existían en sus hogares. La estimación sería trimestral:

39. Las exenciones en la ley (37 George III, c. 108, cl. XXI, XXII y XXIV) eran: a) un reloj de cualquier tipo para un residente cualquiera de la casa exento de impuesto de «ventana» o «casa» (por ejemplo, un *cottage*); b) los relojes «hechos de madera, o fijados en madera, y los cuales relojes son generalmente vendidos por sus respectivos fabricantes a un precio que no exceda la suma de 20 chelines ...»; c) los criados agrícolas.

40. *Morning Chronicle* (1 de julio de 1797); *Craftsman* (8 de julio de 1797); *Parliamentary History*, XXXIII, *passim*.

41. En el año que terminó el 5 de abril de 1798 (tres semanas después de la revocación), el impuesto había recaudado 2.600 libras: *PP*, CIII, *Accounts and Papers* (1797-1798), XIV, pp. 933 (2) y 933 (3).

El Sr. Pitt tiene ideas muy apropiadas para el resto de las finanzas del país. Se ha dispuesto que el impuesto de *media corona* se cobre *trimestralmente*. Esto es grande y digno. Da cierto aire de enjundia a un hombre el pagar *siete peniques y medio* en pro de la religión, la propiedad y el orden social.⁴²

La verdad es que esta gabela se consideraba una locura, que establecía un sistema de espionaje y como un golpe contra la clase media.⁴³ Los propietarios de relojes de oro fundieron las cubiertas y las convirtieron en plata o metal.⁴⁴ Los centros de fabricación cayeron en la crisis y en la depresión.⁴⁵ Al revocar la ley en marzo de 1798, Pitt dijo tristemente que este impuesto *habría* sido mucho más productivo de lo que originalmente se calculó; pero no está claro si era su propio cálculo (200.000 libras) o el del ministro del Tesoro (700.000) en el que estaba pensando.⁴⁶

Permanecemos en la ignorancia (pero en la mejor de las compañías). Había muchas maquinarias de medir el tiempo hacia 1790: el énfasis se iba trasladando del «lujo» a la «conveniencia»; incluso los *cottagers* podían poseer relojes de madera que costarían por debajo de los 20 chelines. En realidad, se está produciendo una difusión general de los relojes (como era de esperar) en el momento exacto en que la Revolución industrial exigía una mayor sincronización del trabajo.

Aunque estaban apareciendo algunos ejemplares muy baratos —y de pésima calidad—, los precios de los que eran eficaces permanecieron durante muchas décadas fuera del alcance del artesano.⁴⁷

42. *Morning Chronicle* (26 de julio de 1797).

43. Puede percibirse un índice en la pesada colección de cuentas vencidas y no pagadas. Impuestos aplicados, julio de 1797: ingresos en el año que terminaba en enero de 1798, 300 libras. Impuestos anulados, marzo de 1798: vencidos y no pagados, año que terminaba en enero de 1799, 35.420 libras; en el año que terminaba en enero de 1800, 14.966. *PP*, CIX, *Accounts and Papers* (1799-1800), LI, pp. 1.009 (2) y 1.013 (2).

44. *Morning Chronicle* (16 de marzo de 1798); *Commons Journals*, LIII, p. 328.

45. Véase las peticiones, citadas *supra*, nota 33; *Commons Journal*, LIII, pp. 327-333; *Morning Chronicle* (13 de marzo de 1798). Se decía que dos tercios de los relojeros de Coventry estaban sin empleo: *ibid.* (8 de diciembre de 1797).

46. *Craftsman* (17 de marzo de 1798). Lo único que consiguió la ley fue que existiera —en tabernas y lugares públicos— la «Ley del Reloj Parlamentario».

47. Algunos relojes importados aparecían con precios tan bajos como 5 chelines en 1813: Atkins y Overall, *op. cit.*, p. 292. Véase también *supra*, nota 39. El

Pero no debemos dejar que las preferencias económicas normales nos induzcan al error. El pequeño instrumento que regulaba los nuevos ritmos de la vida industrial era también una de las más urgentes entre las nuevas necesidades que el capitalismo industrial había creado para dar energía a su avance. Un reloj de cualquier tipo no sólo era útil; concedía prestigio a su dueño y había quien estaba dispuesto a estirar sus recursos para hacerse con uno. Había fuentes varias, ocasiones varias. Durante muchos años un goteo de relojes sólidos pero baratos se infiltró pasando del ratero al receptor, al prestamista y a la taberna.⁴⁸ Incluso a los jornaleros, una o dos veces en su vida, podía inesperadamente caerles la suerte del cielo trayéndoles un reloj: el botín en la milicia,⁴⁹ las ganancias de la cosecha, o el salario anual de un criado.⁵⁰ En algunos lugares del país se crearon Clubs de Relojes, de alquiler o adquisición colectiva.⁵¹ Además, el

precio de un reloj de bolsillo inglés de plata de buen funcionamiento se determinó en 1817 (*Committee on Petitions of Watchmakers*, PP, 1817, VI) en 2 a 3 guineas; hacia los años 1830 un reloj de metal de buen funcionamiento se podía conseguir por 1 libra: D. Lardner, *Cabinet Cyclopaedia*, Londres, 1834, III, p. 297.

48. Muchos relojes debieron cambiar de dueño en los bajos fondos de Londres: la legislación de 1754 (27 George II, c. 7) estaba dirigida a los receptores de relojes robados. Los rateros continuaron naturalmente su oficio imperturbables; véase, por ejemplo, *Minutes of Select Committee to Inquire into the State of the Police of the Metropolis*, 1816, p. 437: «por ejemplo los relojes; se puede uno deshacer de ellos con la misma facilidad que cualquier otra cosa ... Tuvo que ser un muy buen reloj de plata patentado el que se pagara a 2 libras; y de oro a 5 o 6 libras». Los receptores de relojes robados en Glasgow, se decía, los vendían en grandes cantidades en los distritos rurales de Irlanda (1834): véase J. E. Handley, *The Irish in Scotland, 1798-1845*, Cork, 1934, p. 253.

49. «Siendo Winchester uno de los lugares de reunión de la milicia voluntaria, ha sido escenario de desórdenes, disipación y absurda extravagancia. Se cree que nueve décimas partes de las primas pagadas a estos hombres, que suman al menos 20.000 libras, se gastaron todas en el momento, en las casas públicas, sombrererías, relojerías, etc. Con el mayor desenfreno se llegaron a comer billetes de Banco entre rebanadas de pan y mantequilla»: *Monthly Magazine* (septiembre de 1799).

50. Algunos testigos que aparecieron ante el Select Committee de 1817 se lamentaron de que artículos de calidad inferior (conocidos en ocasiones como «relojes de judío») se elogiaban con exageración en ferias rurales y eran vendidos a los crédulos en falsas subastas: PP, 1817, VI, pp. 15-16.

51. Benjamin Smith, *Twenty-four Letters from Labourers in America to their Friends in England*, Londres, 1829, p. 48: se refiere a ciertas partes de Sussex, veinte personas formaban un club (como el Cow Club), pagaban 5 chelines cada una durante veinte semanas sucesivas, en cada una de las cuales se sorteaba un reloj de 5 libras.

reloj era el banco del pobre, una inversión de sus ahorros; en épocas malas podía venderse o empeñarse.⁵² «Este relojillo que ves —dijo un cajista *cockney* en la década de 1820— no me costó más de un billete de cinco cuando lo compré, y lo he empeñado más de veinte veces, y le he sacado en total más de cuarenta libras. Es un ángel de la guarda para uno, es un buen reloj, cuando estás apurado.»⁵³

Como quiera que un grupo de trabajadores determinado pasara a una fase de progreso en sus estándares de vida, la adquisición de relojes era una de las primeras cosas que percibían los observadores. En el bien conocido informe de Radcliffe sobre la edad dorada de los tejedores manuales de Lancashire en la década de 1790, los hombres tenían «todos un reloj de bolsillo» y las casas estaban «bien amuebladas con relojes de elegante caoba o caja elaborada».⁵⁴ En Manchester, cincuenta años después, el mismo fenómeno llamó la atención de un periodista:

Ningún obrero de Manchester carecerá de uno, un minuto más de lo necesario. Se ven, aquí y allá, en las casas de mejor clase, relojes antiguos de los de esfera metálica y ocho días; pero el artículo más común, con mucha diferencia, es el pequeño artefacto holandés, con su activo péndulo balanceándose abierta y candidamente ante el mundo entero.⁵⁵

Treinta años después, era la doble cadena de oro del reloj lo que constituía el símbolo del dirigente obrero Lib-Lab;* y por cincuenta años de servicio disciplinado en su trabajo, el patrón ilustrado regalaba a su empleado un reloj de oro grabado.

52. PP, 1817, VI, pp. 19, 22.

53. [C. M. Smith], *The Working Man's Way in the World*, Londres, 1853, pp. 67-68.

54. W. Radcliffe, *The Origin of Power Loom Weaving*, Stockport, 1828, p. 167.

55. *Morning Chronicle* (25 de octubre de 1849). Pero en 1843, J. R. Porter (*The Progress of the Nation*, III, p. 5) todavía consideraba la posesión de un reloj como «una indicación cierta de prosperidad y de respetabilidad personal por parte del hombre trabajador».

* Liberal-laborista: laborista que aceptaba los principios de la economía liberal. (N. del t.)

IV

Volvamos del reloj a la tarea. La atención que se presta al tiempo en la labor depende en gran medida de la necesidad de sincronización del trabajo: Pero mientras que la industria manufacturera se mantuvo en una escala doméstica o de pequeño taller, sin una intrincada subdivisión de la producción, el grado de sincronización que se requería era leve, y prevalecía la orientación al quehacer.⁵⁶ El sistema de trabajo a domicilio exigía mucho traer y llevar y mucho esperar los materiales. El mal tiempo no sólo interrumpía las labores agrícolas, la construcción y el transporte, sino también el tejer, cuando había que extender las piezas acabadas sobre los tendedores para secar. Al aproximarnos a una labor cualquiera, quedamos sorprendidos por la multiplicidad de tareas subsidiarias que el mismo trabajador o grupo familiar debe hacer en una cabaña o taller. Incluso en talleres mayores, los hombres trabajaban en ocasiones en labores distintas en sus propias bancas o telares, y —excepto en el caso de que el miedo a la malversación de los materiales impusiera una rígida supervisión— podía permitirse cierta flexibilidad en las entradas y salidas.

De ahí la característica irregularidad de las normas de trabajo anterior al advenimiento de las industrias mecánicas a gran escala. Dentro de los requerimientos generales para la labor de una semana o quince días —la pieza de tela, determinado número de clavos o de pares de zapatos—, podía alargarse o acortarse la jornada. Es más, en los comienzos del desarrollo de la industria fabril y de la minería, sobrevivieron muchos oficios mixtos: los mineros del estaño de Cornualles que también participaban en la pesca del arenque; los

56. Para algunos de los problemas analizados aquí y en la sección siguiente, véase especialmente Keith Thomas, «Work and leisure in pre-industrial societies», *Past and Present*, n.º 29 (diciembre de 1964). También C. Hill, «The uses of sabbatarianism», en *Society and puritanism in pre-revolutionary England*, Londres, 1964; E. S. Furniss, *The position of the laborer in a system of nationalism*, Boston, 1920; reimpr. Nueva York, 1965; D. C. Coleman, «Labour in the English economy of the seventeenth-century», *Econ. Hist. Rev.*, 2.ª serie, VIII (1955-1956); S. Pollard, «Factory discipline in the industrial Revolution», *Econ. Hist. Rev.*, 2.ª serie, XVI (1963-1964); T. S. Ashton, *An economic history of England in the eighteenth-century*, Londres, 1955, cap. VII; W. E. Moore, *Industrialization and labor*, Nueva York, 1951, y B. F. Hoselitz y W. E. Moore, *Industrialization and society*, UNESCO, 1963.

mineros del plomo del Norte que eran también pequeños agricultores; los artesanos de aldea que se ocupaban de trabajos varios, en la construcción, acarreo o carpintería; los trabajadores a domicilio que dejaban su ocupación durante la recolección; el pequeño agricultor-tejedor de los Peninos.

Es en la naturaleza de este tipo de trabajo donde no puede sobrevivir una planificación del tiempo precisa y representativa. Algunos extractos del diario de un tejedor-agricultor metódico de 1782-1783 nos pueden proporcionar un índice de la variedad de sus labores. En octubre de 1782 estaba todavía ocupado en la recolección y la trilla, al mismo tiempo que en su telar. En días de lluvia podía tejer de 8 1/2 a 9 yardas; el 14 de octubre llevó la pieza acabada, y por tanto sólo pudo tejer 4 3/4 yardas; el 23 trabajó hasta las 3 de la mañana, tejió 2 yardas antes de que el sol se pusiera, remendó una chaqueta al final de la tarde. El 24 de diciembre, «teji 2 yardas antes de las 11. Estuve amontonando el carbón, limpiando el tejado y las paredes de la cocina y amontonando el estiércol hasta las 10 de la noche». Además de cosechar y trillar, batir la manteca y trabajar en el jardín, encontramos estas anotaciones:

- 18 de enero de 1783: Fui empleado para preparar el establo de un Ternero y Llevar las copas de tres Árboles de Plátano que crecían en el Callejón y fueron en este día cortados y vendidos a John Blagbrough.
- 21 de enero: Teji 2 3/4 yardas habiendo parido la Vaca necesitaba mucho cuidado. (Al día siguiente fue andando hasta Halifax para comprar una medicina para la vaca.)

El 25 de enero tejió 2 yardas, caminó hasta una aldea próxima e hizo «varios trabajos en el torno y el patio y escribí una carta por la noche». Otras ocupaciones incluían faenar con un caballo y un carro, recoger cerezas, trabajar en la presa de un molino, asistir a una reunión baptista y a un ajusticiamiento público por horca.⁵⁷

57. MS: diarios de Cornelius Ashworth de Wheatley, en Halifax Ref. Lib.; véase también T. W. Hanson, «The diary of a grandfather», *Trans. Halifax Antiq. Soc.*, 1916. M. Sturge Henderson, *Three centuries in North Oxfordshire*, Oxford, 1902, pp. 133-146, 103, cita párrafos similares (tejer, matanza de cerdos, cortar leña, acudir al mercado) de un diario de un tejedor de Charbury, 1784, etc., pero me ha

Esta irregularidad general debe inscribirse en el ciclo irregular de la semana de trabajo (e incluso del año de trabajo) que provocaba tantos lamentos de moralistas y mercantilistas en los siglos XVII y XVIII. Unos versos impresos en 1639 nos ofrecen una versión satírica:

Ya sabes hermano que el Lunes es Domingo;
el Martes otro igual;
los Miércoles a la Iglesia has de ir y rezar;
el Jueves es media vacación;
el Viernes muy tarde para empezar a hilar;
el Sábado es nuevamente media vacación.⁵⁸

John Houghton, nos da una versión indignada en 1681:

Cuando los tejedores de punto o los que hacían medias de seda recibían precios altos por su trabajo, se observó que raramente trabajaban en Lunes o Martes sino que pasaban la mayor parte del tiempo en la taberna o los bolos ... Con los tejedores es corriente que estén borrachos el Lunes, tengan dolor de cabeza el Martes y las herramientas estropeadas el Miércoles. En cuanto a los zapateros, antes se dejarían colgar que no recordar a San Crispín el Lunes ... y así permanecen normalmente mientras tienen un penique de dinero o el valor de un penique en crédito.⁵⁹

En la norma de trabajo se alternaban las tandas de trabajo intenso con la ociosidad, donde quiera que los hombres controlaran

sido imposible encontrar el original. Es interesante comparar presupuestos de tiempo de economías campesinas más primitivas, por ejemplo, Sol Tax, *Penny capitalism — A Guatemalan Indian economy*, Washington, 1953, pp. 104-105; George M. Forster, *A primitive Mexican economy*, Nueva York, 1942, pp. 35-38; M. J. Herskovits, *The economic life of primitive peoples*, Nueva York, 1940, pp. 72-79; Raymond Firth, *Malay fishermen*, Londres, 1946, pp. 93-97.

58. *Divers Crab-Tree Lectures*, 1639, p. 126, citado en John Brand, *Observations on Popular Antiquities*, Londres, 1813, I, pp. 459-460. H. Bourne, *Antiquities Vulgares*, Newcastle, 1725, pp. 115 ss., declara que los sábados por la tarde en lugares del campo y aldeas «Terminan las Labores del Arado, y se Extienden por toda la Aldea Refrigerios y Descanso». [You know that Munday is Sundayes brother; / Tuesday is such another; / Wednesday you must go to Church and pray; / Thursday is half-holiday; / On Friday it is too late to begin to spin; / The Saturday is half-holiday again.]

59. J. Houghton, *Collection of Letters*, Londres, ed. de 1683, p. 177, citado en Furniss, *op. cit.*, p. 121.

sus propias vidas con respecto a su trabajo. (El modelo persiste entre los que trabajan de forma independiente —artistas, escritores, pequeños agricultores y quizá también estudiantes— hoy, y ha suscitado la cuestión de si no se trata de un ritmo de trabajo humano «natural»). En lunes y martes, según la tradición, los telares manuales repetían lentamente *Tiempo de so-bra, Tiempo de so-bra*, en jueves y viernes, *Que-da un día, Que-da un día*.⁶⁰ La tentación de ahorrarse unas horas por la mañana, prolongaba el trabajo hasta la noche, horas iluminadas por velas.⁶¹ De pocos oficios se dice que no hagan honor a San Lunes: zapateros, sastres, carboneros, trabajadores de imprenta, alfareros, tejedores, calceteros, cuchilleros, todos los *cockneys*. A pesar del pleno empleo de muchos oficios en Londres durante las guerras napoleónicas, un testigo se lamentaba de que «vemos que se guarda San Lunes tan religiosamente en esta gran ciudad ... generalmente seguido por un San Martes también». ⁶² Si hemos de creer a «Los cuchilleros joviales», una canción de Sheffield de finales del siglo XVIII, su observancia no carecía de tensiones domésticas:

Cómo en un buen San Lunes,
sentado al fuego de la herrería,
contando lo hecho ese Domingo,
y conspirando en alegre regocijo,
pronto oigo levantarse la trampilla,
en la escalera está mi esposa:
«Maldito seas, Jack, te voy a desempolvar los ojos,
llevas una agravante vida de borracho;
estás aquí en lugar de trabajar;
con la jarra en las rodillas;
maldito seas, que siempre estás ocioso.
Y yo trabajo como una esclava para ti».*

60. T. W. Hanson, *op. cit.*, p. 234.

61. J. Clayton, *Friendly Advice to the Poor*, Manchester, 1755, p. 36.

62. *Report of the Trial of Alexander Wadsworth against Peter Laurie*, Londres, 1811, p. 21. La queja está particularmente dirigida contra los fabricantes de sillas de montar.

* [How upon a good Saint Monday, / Sitting by the smithy fire, / Telling what's been done o't Sunday, / And in cheerful mirth conspire, / Soon I hear the trap-door rise up, / On the ladder stands my wife: / «Damn thee, Jack, I'll dust thy eyes up, / Thou leads a plaguy drunken life; / Here thou sits instead of working, / Wl' thy pitcher on thy knee; / Curse thee, thou'd be always lurking. / And I may slave myself for thee».]

La esposa continúa, hablando «con movimiento más rápido / que mi taladro a ritmo de Viernes», expresando la efectiva demanda del consumidor:

«Ve, mira mi corsé,
mira qué par de zapatos;
vestido y enaguas medio podridos,
no hay ni un punto entero en mis medias ...»

e informa de una huelga general:

«Tú sabes que detesto la pendencia y la pelea,
pero no tengo ni jabón ni té;
por Dios, Jack, que olvides el barril,
o nunca más yacerás conmigo.»^{63*}

Parece ser que, de hecho, San Lunes era venerado casi universalmente dondequiera que existieran industrias de pequeña escala, domésticas y a domicilio; se observaba generalmente en las minas, y alguna vez continuó en industrias fabriles y pesadas.⁶⁴ Se perpetuó

63. *The songs of Joseph Mather*, Sheffield, 1862, pp. 88-90. El tema parece haber sido muy popular entre los escritores de baladas. Un ejemplo de Birmingham, «Día de Borrachera, o San Lunes» (que debo al señor Charles Parker) dice: «San Lunes produce los peores males, / Pues cuando se ha consumido el dinero, / Las ropas de los niños se van en humo, / Lo cual causa descontento; / Y cuando por la noche se tambalea él hasta su casa / No sabe qué decir, / Un simple es más hombre que él / En un día de borracheras». [Saint Monday brings more ills about, / For when the money's spent, / The children's clothes go up the spout, / Which causes discontent; / And when at night he staggers home, / He knows not what to say, / A fool is more a man than he / Upon a fuddling day.]

* [«See thee, look what stays I've gotten, / See thee, what a pair o'shoes; / Gown and petticoat half rotten, / Ne'er a whole stitch in my hose ...» // «Thou knows I hate to broil and quarrel, / But I've neither soap nor tea; / Od burn thee, Jack, forsake thy barrel, / Or nevermore thou'st lie wi' me».]

64. Era observado por los tejedores mexicanos en 1800: véase Jan Bazant, «Evolution of the textile industry of Puebla, 1544-1845», *Comparative Studies in Society and History*, VIII (1964), p. 65. Relatos de mucho valor sobre las costumbres de Francia en los años 1850 y 1860 se encuentran en George Duveau, *La vie ouvrière en France sous le Second Empire*, París, 1946, pp. 242-248, y P. Pierrard, *La vie ouvrière à Lille sous le Second Empire*, París, 1965, pp. 165-166. Edward Young, que dirigió una investigación sobre las condiciones de trabajo en Europa, con la ayuda de estudios norteamericanos, habla de esta costumbre en Francia, Bélgica, Prusia, Estocolmo, etc., en los años 1870: E. Young, *Labour in Europe and America*, Washington, 1875, pp. 576, 661, 674, 685, etc.

en Inglaterra hasta el siglo XIX —y en realidad hasta el XX—⁶⁵ por razones complejas de índole económica y social. En algunos oficios, los pequeños patronos aceptaron la institución y emplearon los lunes para tomar o entregar trabajo. En Sheffield, donde los cuchilleros habían adorado tenazmente al santo durante siglos, se había convertido en «un hábito y costumbre establecidos» que observaban incluso las fábricas de acero (1874):

Esta inactividad del Lunes es, en algunos casos, obligada por el hecho de que el Lunes es el día que se dedica a reparar la maquinaria de las grandes siderurgias.⁶⁶

Donde la costumbre se encontraba profundamente establecida, el lunes era el día que se dejaba para el mercado y los asuntos personales. También, como sugiere Duveau acerca de los obreros franceses, «le dimanche est le jour de la famille, le lundi celui de l'amitié»; y con el avance del siglo XIX, su celebración era una especie de privilegio de estatus de los artesanos mejor pagados.⁶⁷

Es, de hecho, en el relato de «Un viejo alfarero» publicado en fecha tan tardía como 1903 donde encontramos las observaciones más perspicaces sobre los ritmos de trabajo irregulares que continuaron en los alfares más antiguos hasta mediados de siglo. Los alfareros (en las décadas de 1830 y 1840) «sentían una devota veneración por San Lunes». A pesar de que la costumbre de contratación anual prevaleció, los ingresos semanales reales se hacían en trabajo a destajo, em-

65. Especialmente en las minas. Un viejo minero de Yorkshire me dice que en su juventud era costumbre, en las buenas mañanas de lunes, echar una moneda al aire para decidir si se iba o no a trabajar. También se me ha dicho que todavía se honra a San Lunes (1967) en su pureza prístina entre unos cuantos toneleros de Burton-on-Trent.

66. E. Young, *op. cit.*, pp. 408-409 (informe del cónsul norteamericano). De modo similar, en algunos distritos mineros, el «Lunes de Paga» se admitía entre los patronos, y sólo se mantenían abiertas las minas para posibles reparaciones: los lunes sólo «se realiza trabajo pasivo»: *Report of the Select Committee on the Scarcity and Dearness of Coal*, PP, 1873, X, QQ 177, 201-217.

67. Duveau, *op. cit.*, p. 247. «Un oficial mecánico» (T. Wright) dedica todo un capítulo a «San Lunes» en su *Some habits and customs of the working classes* (Londres, 1867, esp. pp. 112-116), bajo la impresión errónea de que la costumbre era «relativamente reciente» y consecuencia de que el uso del vapor como energía había creado «un cuerpo numeroso de trabajadores muy especializados y muy bien pagados», y ¡especialmente los mecánicos!

pleando los alfareros especializados a niños y trabajando con poca vigilancia, a su propio ritmo. Niños y mujeres trabajan los lunes y martes, pero reinaba un «sentimiento de fiesta» y la jornada era más corta que de costumbre, ya que los alfareros estaban ausentes gran parte del tiempo, bebiéndose lo ganado la semana previa. Los niños, no obstante, debían preparar material para el alfarero (por ejemplo, las asas de los cacharros que él modelaría) y todos sufrían por la cantidad excepcional de horas (catorce y algunas veces dieciséis al día) que se trabajaban de miércoles a sábado:

He estado pensando que si no fuera por el alivio del comienzo de la semana para mujeres y niños en todos los alfares, no podría mantenerse la tensión mortal de los últimos cuatro días.

«Un viejo alfarero», predicador metodista laico de opiniones liberal-radicales, veía estas costumbres (que deploraba) como consecuencia de la falta de mecanización de los alfares; y argüía que esta misma indisciplina del trabajo cotidiano influía sobre toda la vida y la organización obrera de los mismos. «Las máquinas significaban disciplina en las operaciones industriales»:

Si se hubiera encendido un motor de vapor todos los Lunes a las seis de la mañana, los trabajadores habrían estado disciplinados en el hábito de la industriosisidad regular y continua ... He observado, también, que las máquinas parecen inducir hábitos de cálculo. Los Alfareros eran lamentablemente deficientes a este respecto; vivían como niños, sin ninguna previsión calculada para el trabajo o sus resultados. En alguno de los condados del norte este hábito de calcular les ha hecho intensamente prudentes en muchos modos manifiestos. Su gran sociedad cooperativa no habría nunca llegado a alcanzar un desarrollo tan inmenso y fructífero si no fuera por la previsión inducida por el uso de la máquina. Una máquina que funcionara tantas horas a la semana produciría tanta cantidad de hilaza o tejido. Los minutos se consideraban factores de estos resultados, mientras que en los Alfares las horas, e incluso a veces los días, no se veían como tales factores. Quedaban siempre las mañanas y las noches de los últimos días de la semana, y se confiaba en compensar con ellos las pérdidas producidas por el abandono del principio de la semana.⁶⁸

68. «An old potter», *When I was a child*, Londres, 1903, pp. 16, 47-49, 52-54, 57-58, 71, 74-75, 81, 185-186, 191. W. Sokol, de la Universidad de Wisconsin, ha

Este ritmo de trabajo irregular se asocia generalmente al abundante beber del fin de semana: San Lunes es uno de los blancos de muchos tratados victorianos de abstinencia. Pero incluso el más sobrio y autodisciplinado artesano podía sentir la necesidad de alternar en este modo. «No sé cómo describir la enfermiza repugnancia que se adueña a veces del hombre trabajador y le incapacita por completo durante un periodo de tiempo más o menos largo para ejercer sus ocupaciones corrientes», escribía Francis Place en 1829; a ello añadía una nota a pie de página de testimonio personal:

Durante casi seis años, mientras trabajaba, cuando tenía trabajo que hacer, de doce a dieciocho horas al día, cuando no podía ya, por el motivo mencionado, continuar trabajando, solía escaparme y dirigirme tan rápidamente como podía a Highgate, Hampstead, Muswell-hill o Norwood, y así «volver a mis vómitos» ... Este es el caso de todo trabajador que he conocido; y en proporción a lo perdido que sea el caso del hombre ocurrirán estos ataques con mayor frecuencia y serán de más larga duración.⁶⁹

Podemos, finalmente, constatar que la irregularidad de días y semanas de trabajo se insertaba, hasta las primeras décadas del siglo XIX, dentro de la más amplia irregularidad del año de trabajo, salpicado por sus tradicionales fiestas y ferias. Todavía, a pesar del triunfo del domingo sobre los antiguos días de santos en el siglo XVII,⁷⁰ se adherían las gentes tenazmente a sus verbenas y festejos tradicionales, e incluso pudieron llegar a aumentar éstos tanto en fuerza como en extensión.⁷¹

dirigido mi atención hacia una serie de casos aparecidos en el *Staffordshire Potteries Telegraph* en 1853-1854 en que los patronos consiguieron multar o llevar a la cárcel a trabajadores que abandonaban su trabajo, a menudo en lunes y martes. Estas acciones se realizaban so pretexto de incumplimiento de contrato (contratación anual), para lo cual véase Daphne Simon, «Master and servant», en *Democracy and the labour movement*, ed. J. Saville, Londres, 1954. A pesar de esta campaña de procesos, la costumbre de observar San Lunes todavía aparece anotada en el *Report of the Children's Employment Commission*, PP, 1863, XVIII, pp. xxvii-xxviii.

69. F. Place, *Improvement of the Working People*, 1834, pp. 13-15; Brit. Mus., Add. MS, 27825. Véase también John Wade, *History of the Middle and Working Classes*, Londres, 1835³, pp. 124-125.

70. Véase C. Hill, *op. cit.*

71. Clayton (*op. cit.*, p. 13) sostiene que «la costumbre popular ha establecido tantos días de Fiesta, que muy pocos entre nuestros compañeros de trabajo fabril

¿Hasta qué punto puede extenderse esta problemática de la industria fabril a los trabajadores rurales? Aparentemente su caso supondría un implacable trabajo diario y semanal: el bracero rural no gozaba de San Lunes. Pero es necesaria una minuciosa diferenciación de las distintas situaciones laborales. La aldea del siglo XVIII (y del XIX) tenía sus propios artesanos independientes, así como muchos empleados en tareas de carácter irregular.⁷² Además, en el campo no cerrado, el argumento clásico contra el campo abierto y del común se basaba en su ineficacia y en el despilfarro de tiempo que suponía para el pequeño agricultor o el *cottage*:

si les ofreces trabajo, te responden que deben ir a cuidar sus ovejas, cortar sus tojos, sacar su propia vaca del corral del concejo, o, quizá, dicen que deben llevar el caballo a herrar, para poder llevarlo a una carrera o a un juego de cricket (Arbuthnot, 1773).

En su deambular tras el ganado, adquiere hábitos de indolencia. Un cuarto, la mitad, y ocasionalmente días enteros se pierden imperceptiblemente. La jornada de trabajo se hace insoportable ... (Informe sobre Somerset, 1795).

Cuando un trabajador se ve en posesión de más tierra de la que él y su familia pueden cultivar en los atardeceres ... el labriego ya no puede depender de él para un trabajo constante ... (*Commercial and Agricultural Magazine*, 1800).⁷³

A esto debemos añadir las frecuentes quejas de los reformadores agrícolas con respecto al tiempo perdido, tanto en ferias de tempo-

están firmemente y regularmente empleados más allá de dos terceras partes de su tiempo». Véase también Furniss, *op. cit.*, pp. 44-45, y el resumen de mi trabajo en el *Bulletin of the Society for the Study of Labour History*, n.º 9 (1964).

72. «Tenemos cuatro o cinco pequeños labradores ... tenemos un albañil, un carpintero, un herrero y un molinero, todos los cuales ... tienen la frecuente costumbre de beber a la salud del Rey ... Su trabajo es desigual; algunas veces están llenos de encargos y a veces no tienen ninguno; generalmente tienen muchas horas de ocio, porque ... la parte más dura [de su trabajo] recae sobre algunos hombres que contratan ...»: «Un labrador» describiendo su propia aldea (véase *infra*, nota 78) en 1798.

73. Citado en J. L. y B. Hammond, *The village labourer*, Londres, 1920, p. 13; E. P. Thompson, *The making of the English working class*, Londres, 1963, p. 220 (hay trad. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1989).

rada como (antes de la aparición del almacén de aldea) en los días de mercado.⁷⁴

El mozo agrícola o el bracero asalariado fijo, que trabajaba sin descanso las horas estatuidas completas o más, que no poseía derechos comunales o parcela alguna y que (si no residía dentro) vivía en un *cottage* vinculado, estaba sin duda sujeto a una intensa disciplina laboral, tanto en el siglo XVII como en el XIX. La jornada de un arador (residente) fue descrita con entusiasmo por Markham en 1636:

... el que ara ha de levantarse antes de las cuatro de la mañana, y después de dar gracias a Dios por el descanso y una oración por el éxito de su trabajo, se dirigirá al establo ...

Después de limpiar el establo, cepillar a los caballos, darles de comer y preparar sus aparejos, puede desayunar (6-6.30 de la mañana), debe arar hasta las 2 o 3 de la tarde; tomar media hora para el almuerzo; cuidar los caballos, etc., hasta las 6.30, cuando puede entrar a cenar:

... y después de cenar, debe o bien arreglar sus zapatos y los de su familia al lado del fuego, o sacudir y batir el Cáñamo o el Lino, o coger y sellar Manzanas o Manzanas silvestres para Sidra o Agrazada, o si no moler la malta en el molino de mano, o coger juncos para velas, o hacer alguna tarea agrícola dentro de casa hasta que lleguen las ocho ...

Entonces debe ocuparse otra vez de su ganado y («dando gracias a Dios por los beneficios recibidos en ese día») puede retirarse.⁷⁵

Con todo, podemos permitirnos cierto escepticismo. Existen dificultades evidentes en la naturaleza de esta ocupación. Arar no es una tarea para todo el año. Las horas y las labores fluctúan con el tiempo. Los caballos (ya que no los hombres) deben descansar. Hay también una dificultad de control: el informe de Robert Loder indica que los criados (cuando no eran vistos) no siempre se empleaban en dar gracias a Dios de rodillas por sus beneficios: «los hombres

74. Véase, por ejemplo, *Annals of Agriculture*, XXVI (1796), p. 370 n.

75. G. Markham, *The Inrichment of the Weald of Kent*, Londres, 1660¹⁰, pp. 115-117.

pueden trabajar si hay placer y así pueden holgar». ⁷⁶ El agricultor mismo tenía que trabajar muchas horas si había de mantener siempre activos a sus braceros. ⁷⁷ Y el mozo podía hacer valer su derecho anual de marcharse si no le complacía su empleo.

De modo que el cercamiento de campos y el progreso agrícola estaban, en cierto sentido, relacionados con un gobierno eficaz del tiempo de la mano de obra. El cercamiento y un progresivo excedente de mano de obra a finales del siglo XVIII endurecieron la situación de los que tenían empleo fijo; se enfrentaron con las alternativas de empleo parcial y leyes de pobres, o la sumisión a una más exigente disciplina de trabajo. No es una cuestión de técnicas, sino de un mayor sentido de la economía del tiempo entre los patronos-capitalistas reformadores. Esto queda patente en un debate entre los defensores de la mano de obra asalariada con empleo fijo y los defensores del «trabajo contratado» (es decir, trabajadores contratados para determinadas labores a destajo). En la década de 1790, sir Mordaunt Martin censuraba el recurrir a trabajo contratado,

que las gentes acuerdan, para ahorrarse el esfuerzo de vigilar a sus trabajadores: la consecuencia es que el trabajo se hace mal, el trabajador se jacta en la taberna del tiempo que desperdicia «apoyado contra la pared» y produce el descontento de los hombres con salarios modestos.

«Un agricultor» respondió con el argumento de que el trabajo contratado y el trabajo fijo asalariado se podían combinar juiciosamente:

Dos trabajadores se comprometen a cortar una porción de hierba a dos chelines o media corona el acre; yo envío con las hoces dos de mis mozos domésticos al campo; puedo estar seguro de que sus

76. En el intento de explicar la deficiencia de sus existencias de trigo en 1617, Loder escribe: «Cuál sea la causa de ello no lo sé, pero fue en aquel año en que R. Pearce y Alice eran criados míos, entonces con gran afecto (como parecía de forma demasiado evidente) si se lo dio a los caballos ... o cómo desapareció, sólo Dios lo sabe». *Robert Loder's farm accounts*, ed. G. E. Fussell (Camden Soc., 3.ª ser., LIII), 1936, pp. 59, 127.

77. Para una relación de la jornada de un agricultor activo, véase William Howitt, *Rural life of England*, Londres, 1862, pp. 110-111.

compañeros les harán trabajar; y así obtengo ... las mismas horas adicionales de trabajo de mis mozos, que las que voluntariamente dedican a éste mis criados contratados. ⁷⁸

En el siglo XIX la polémica se resolvió en gran parte a favor del trabajo asalariado semanal, complementado por labores necesarias cuando lo requería la ocasión. La jornada de los trabajadores de Wiltshire, según fue descrita por Richard Jefferies en la década de 1870, era poco menos prolongada que la descrita por Markham. Quizá, resistiéndose a tan intenso faenar, se diferenciara en la «torpeza de su caminar» y «la mortecina lentitud que parece impregnar todo lo que hacen». ⁷⁹

El trabajo más arduo y prolongado de la economía rural era el de la mujer del bracero. Una parte de aquél —especialmente el cuidado de los niños— era el más orientado al quehacer. Otra parte estaba en los campos, de los cuales tenía que volver para ocuparse de nuevas tareas domésticas. Como protestara Mary Collier en una penetrante réplica a Stephen Duck:

... cuando de vuelta en Casa estamos,
¡ay! sabemos que nuestro Trabajo no ha hecho más que empezar;
tantas cosas requieren nuestro Cuidado,
diez manos que tuviéramos, podríamos emplear.
Los Niños en la Cama, con el mayor Cuidado
todo lo necesario para vuestro retorno preparamos;
vosotros cenáis, y sin tardanza a la Cama vais,
y descansáis hasta el siguiente Día;
mientras nosotras, ¡ay! poco Sueño podemos disfrutar,
pues nuestros madrugadores Hijos lloran y gritan ...

En toda Labor tenemòs nuestra debida Parte;
y desde el Día que empieza el Cosechar,
hasta cortar y guardar el Grano,
nuestras cotidianas labores y tareas así extremamos,
que casi nunca *Tiempo para soñar tenemos*. ⁸⁰

78. Sir Mordaunt Martin en *Bath and West and Southern Counties Society, Letters and Papers*, Bath, 1795, VII, p. 109; «A farmer», «Observations on Taken-Work and Labour», *Monthly Magazine* (septiembre de 1798, mayo de 1799).

79. J. R. Jefferies, *The tollers of the field*, Londres, 1892, pp. 84-88, 211-212.

80. Mary Collier, ahora lavandera, de Petersfield en Hampshire, *The Woman's Labour: An Epistle to Mr. Stephen Duck; in Answer to his late Poem, called The Thresher's Labour*, Londres, 1739, pp. 10-11, reimpresión 1989. [... when we Home are

Una forma tal de trabajar era sólo soportable porque parte del mismo, los niños y la casa, se revelaba como necesario e inevitable, más que como una imposición externa. Esto es hoy día todavía cierto y, no obstante las horas de escuela y televisión, los ritmos de trabajo de la mujer en el hogar no están enteramente adaptados a las medidas del reloj. La madre de niños pequeños tiene un sentido imperfecto del tiempo y observa otras mareas humanas. Todavía no ha salido del todo de las convenciones de la sociedad «preindustrial».

V

He colocado «preindustrial» entre comillas y hay para ello una razón. Es cierto que la transición a la sociedad industrial madura exige un análisis en términos sociológicos así como económicos. Conceptos tales como «preferencia temporal» y «la curva ascendente de la oferta de mano de obra», son, con excesiva frecuencia, complicados intentos de encontrar términos económicos que describan problemas sociológicos. Pero, de igual modo, el intento de proporcionar modelos simples para un solo proceso, supuestamente neutro y tecnológicamente orientado, conocido como «industrialización» es también dudoso.⁸¹ No es solamente que las industrias fabriles altamente desarrolladas y técnicamente alerta (y la forma de vida que propugnaban) de Francia e Inglaterra en el siglo XVIII puedan ser descritas como «preindustriales» sólo mediante una violencia semántica. (Y una descripción tal deja el camino abierto a interminables analogías falsas entre sociedades en niveles económicos enormemente diferentes.) Es también que no hubo nunca un solo tipo de «transición». La tensión de ésta recae sobre la totalidad de la cultura: la

come, / Alas! we find our Work but just begun; / So many Things for our Attendance call, / Has we ten Hands, we could employ them all. / Our Children put to Bed, with greatest Care / We all Things for your coming Home prepare: / You sup, and go to Bed without delay, / And rest yourselves till the ensuing day; / While we, alas! but little Sleep can have, / Because our froward Children cry and rave ... // In ev'ry Work (we) take our proper Share; / And from the Time that Harvest doth begin / Until the Corn be cut and carry'd in, / Our Toil and Labour's daily so extreme, / That we have hardly ever *Time to dream*.]

81. Véase la valiosa crítica de André Gunder Frank, «Sociology of development and underdevelopment of sociology», *Catalyst*, Buffalo (verano de 1967).

resistencia al cambio y el asentimiento al mismo surge de la cultura entera. Y ésta incluye un sistema de poder, relaciones de propiedad, instituciones religiosas, etc. Y el no prestar atención a todos ellos simplemente desvirtúa los fenómenos y trivializa el análisis. Sobre todo, la transición no es a la «industrialización» *tout court* sino al capitalismo industrial o (en el siglo XX) a sistemas alternativos cuyos rasgos son aún inciertos. Lo que aquí examinamos no sólo son los cambios producidos en las técnicas de manufactura que exigían una mayor sincronización del trabajo y mayor exactitud en la observación de las horas en *todas* las sociedades, sino también la vivencia de estos cambios en la sociedad del naciente capitalismo industrial. Estamos tratando simultáneamente el sentido del tiempo en su condicionamiento sociológico y la medida del tiempo como medio de explotación laboral.

Existen motivos para que la transición fuera particularmente prolongada y estuviera plagada de conflictos en Inglaterra: entre los que se estudian con frecuencia, se encuentra el hecho de que la inglesa fuera la primera Revolución industrial y no hubiera ni cadiñacs, ni siderurgias, ni televisiones para servir como prueba manifiesta del propósito de la operación. Además, los preliminares de la Revolución industrial fueron tan largos que, en los distritos fabriles de comienzos del siglo XVIII, se había desarrollado una cultura popular vigorosa y libre, que los propagandistas de la disciplina veían con consternación. Josiah Tucker, deán de Gloucester, declaraba en 1745 que «las clases *más bajas* de gente» estaban totalmente degeneradas. Los extranjeros (sermoneaba) se encontraban con que «la gente *llana* de nuestras *populosas ciudades* son los infelices más llenos de *abandono* y *más licenciosos* de la tierra»:

Tanta brutalidad e insolencia, tanto libertinaje y extravagancia, tanta ociosidad, irreligiosidad, maldecir y blasfemar, y desprecio por toda regla y autoridad ... Nuestras gentes están *borrachas con la copa de la libertad*.⁸²

Los ritmos irregulares de trabajo descritos en la sección anterior nos ayudan a entender la severidad de las doctrinas mercantilistas por lo que respecta a la necesidad de mantener bajos los salarios

82. J. Tucker, *Six Sermons*, Bristol, 1772, pp. 70-71.

como prevención contra la inactividad, y hasta la segunda mitad del siglo XVIII no parecen comenzar a ser generalmente efectivos los estímulos salariales «normales» del capitalismo.⁸³ Los enfrentamientos debidos a la disciplina ya han sido examinados por otros.⁸⁴ Lo que me propongo hacer aquí es tratar brevemente diferentes puntos relacionados con la disciplina del tiempo más particularmente. El primero se encuentra en el extraordinario *Law Book of the Crowley Iron Works*. Aquí, en los comienzos mismos de la unidad a gran escala de la industria manufacturera, el viejo autócrata, Crowley, creyó necesario pensar un código completo, civil y penal, cuya extensión sobrepasaba las 100.000 palabras, para gobernar y regular a la refractaria mano de obra. Los preámbulos de las Ordenes Número 40 (vigilante de fábrica) y 103 (monitor) dan el tono general de vigilancia moralmente virtuosa. De la Orden 40:

Habiendo sido por mucha gente que trabajan por jornada con la connivencia de los oficiales horriblemente engañado y habiendo pagado por mucho más tiempo de lo que debo en conciencia y siendo tal la bajeza y traición de varios empleados que han ocultado la pereza y negligencia de los que cobran por jornada ...

Y de la Orden 103:

Algunos han pretendido tener un cierto derecho a holgar, confiando en su presteza y habilidad para hacer lo suficiente en menos tiempo que los demás. Otros han sido tan necios como para creer que hasta su simple presencia sin emplearse en ningún asunto ... Otros tan descarados como para glorificar su villanía y reprender a los demás por su diligencia ...

Con el fin de que la pereza y la villanía sean detectadas y los justos y diligentes premiados, yo he creído prudente crear un control del tiempo hecho por un Monitor, y ordeno y por esta declaro que de 5 a 8 y de 7 a 10 son 15 horas, de las cuales se toma 1 1/2 para el desayuno, almuerzo, etc. Habrá por tanto trece horas y media de servicio neto ...

83. El cambio se vislumbra quizá también en la ideología de los patronos más ilustrados: véase A. W. Coats, «Changing attitudes to labour in the mid-eighteenth-Century», *Econ. Hist. Rev.*, 2.ª ser., XI (1958-1959).

84. Véase Pollard, *op. cit.*; N. McKendrick, «Josiah Wedgwood and factory discipline», *Hist. Journal*, IV (1961); véase también Thompson, *op. cit.*, pp. 356-374.

Este servicio había de ser calculado «después de todas las deducciones por encontrarse en tabernas, cervecerías, casas de café, desayuno, almuerzo, jugar, dormir, fumar, cantar, leer las noticias de historia, pelear, contender, disputar o cualquier cosa ajena a mis asuntos, en cualquier caso, holgazanear».

Se ordenó al monitor y al vigilante de fábrica que mantuvieran una hoja de horas para cada empleado a jornal, anotadas al minuto, con «Entrada» y «Salida». En la Orden del monitor, sección 31 (una añadidura posterior) se declara:

Y debido a que he sido informado de que varios empleados fijos han sido tan injustos como para regirse por los relojes más adelantados y tocar la campana antes de la hora para marcharse de sus labores, y por los relojes más atrasados y tocar la campana después de la hora para volver a su trabajo, y habiéndolo permitido a sabiendas esos dos negros traidores Fowell y Skellerne, se ordena por tanto que ninguna persona de las aquí referidas se rija por reloj, campana, reloj de bolsillo o de sol otros que el del Monitor cuyo reloj no se alterará nunca excepto por el vigilante del reloj ...

Se ordenó al vigilante de la fábrica que mantuvieran una vigilancia «tan estrecha que no estuviera al alcance de nadie alterar esto». Sus deberes estaban también definidos en la sección 8:

Todas las mañanas a las 5 el Vigilante debe tocar la campana para el comienzo del trabajo, a las ocho para el desayuno, media hora después para trabajar otra vez, a las doce para el almuerzo, a la una para trabajar y a las ocho para dejar el trabajo y cerrar.

Su libro con la relación de las horas debía ser entregado todos los martes con la siguiente declaración jurada:

Esta relación de horas se ha hecho sin favor o afecto, mala voluntad ni odio, y creo de verdad que las personas arriba mencionadas han trabajado al servicio de John Crowley las horas arriba consignadas.⁸⁵

85. La Orden 103 se reproduce completa en *The Law Book of the Crowley Ironworks*, ed. M. W. Flinn (Sturtees Soc., CLXVII), 1957. Véase también la Ley 16, «Cuentas». La Orden 40 está en el «Libro de Derecho», Brit. Lib., Add. MS, 34555.

Entramos aquí, ya en 1700, en el conocido panorama del capitalismo industrial disciplinado, con las hojas de horas, el vigilante del tiempo, los informadores y las multas. Unos setenta años después se impuso la misma disciplina en las primeras fábricas de los algodonereros (aunque la maquinaria misma era un buen suplente del vigilante de las horas). Careciendo del auxilio de las máquinas para regular el ritmo de trabajo en los alfares, el supuestamente formidable disciplinario Josiah Wedgwood se vio forzado a imponer disciplina a los alfareros en términos sorprendentemente moderados. Las obligaciones del oficial de fábrica eran:

Estar en la fábrica a primera hora de la mañana y dirigir a las personas a sus labores cuando vengan, estimular a los que vienen a la hora regularmente, haciéndoles saber que su regularidad es debidamente observada, y distinguiéndoles con repetidas muestras de aprobación, de la parte de la gente trabajadora menos ordenada, con regalos u otras señales apropiadas a su edad, etc.

Aquellos que lleguen más tarde de la hora señalada deben ser reprendidos y si después de repetidas muestras de desaprobación no vienen a la hora debida, debe mantenerse una relación del tiempo en que son deficientes, y quitar una cierta cantidad de su salario cuando llegue el momento si son asalariados, y si trabajan a destajo deben después de frecuentes llamadas de atención ser enviados otra vez a la hora del desayuno.⁸⁶

Más adelante estas reglas se endurecieron algo:

Cualquier trabajador que se empeñe en pasar por la portería después de la hora permitida por el Patrón pierde 2/-peniques.⁸⁷

Y McKendrick ha expuesto cómo luchó Wedgwood con el problema de Etruria e introdujo el primer sistema conocido de fichar.⁸⁸

86. MS, instrucciones, c. 1780, en Wedgwood MSS (Barlston), 26.19114.

87. «Algunas regulaciones y reglas confeccionadas para esta manufactura hace más de treinta años», fechado c. 1810, en Wedgwood MSS (Keele University), 4045.5.

88. Se conserva un reloj «de vigilancia» en Barlaston, pero estos relojes (fabricados por John Whitehurst de Derby desde aproximadamente 1750) servían solamente para asegurar el patrullamiento regular, la asistencia de los vigilantes nocturnos, etc. Los primeros sistemas de fichaje con impresión se fabricaron en Estados Unidos por Bundy en 1885. F. A. B. Ward, *op. cit.*, p. 49; véase también de T. Thom-

Pero, al parecer, una vez desaparecida la fuerte presencia de Josiah, los incorregibles alfareros habrían vuelto a muchas de sus antiguas costumbres.

Es demasiado fácil, sin embargo, considerar todo esto simplemente como un problema de disciplina de taller o fábrica, podemos estudiar brevemente el intento de imponer un «ahorro de tiempo» en los distritos de manufactura a domicilio y su efecto sobre la vida social y doméstica. Prácticamente todo lo que los patronos *deseaban* imponer se puede encontrar en las páginas de un solo folleto, *Friendly Advice to the Poor* del reverendo J. Clayton, «escrito y publicado a petición de los antiguos y actuales Funcionarios de la Ciudad de Manchester» en 1755. «Si el *haragán se mete las manos* en el pecho, en vez de aplicarlas al trabajo, si pasa el tiempo Deambulando, debilita su constitución con la Holgazanería, y embota su espíritu con la Indolencia ...» no puede esperar más que la pobreza como recompensa. El trabajador no debe perder el tiempo ociosamente en el mercado o malgastarlo cuando compra. Clayton se lamentaba de que «las Iglesias y las Calles [están] llenas de un Número de Espectadores» en bodas y funerales, «que a pesar de la Miseria de su Condición Hambrienta ... no tienen escrúpulos en malgastar las mejores Horas del Día, simplemente mirando ...». La costumbre del té es «esa vergonzante devoradora de Tiempo y Dinero». También lo son las vigilias y las fiestas y los festejos anuales de sociedades de socorro mutuo. Y también «ese perezoso pasar la mañana en Cama»:

La necesidad de levantarse temprano reduciría al pobre a la necesidad de marchar pronto a la Cama; y evitaría así el Peligro de las diversiones de Medianoche.

Madrugar también «introduciría una Regularidad exacta en sus Familias, un maravilloso Orden en su Economía».

El catálogo nos es conocido, y podría haber sido tomado de Baxter en el siglo anterior. Si hemos de fiarnos de *Early Days* de Bamford, Clayton no consiguió que muchos de los tejedores abju-

son, *Annals of Philosophy*, VI (1815), pp. 418-419; VII (1816), p. 160; Charles Babbage, *On the Economy of Machinery and Manufacturers*, Londres, 1835, pp. 28, 40; E. Bruton, *op. cit.*, pp. 95-96.

rarán de su antigua forma de vida. No obstante, el largo coro del amanecer de los moralistas es el prelude a un ataque bastante vivo a las costumbres, deportes y fiestas populares que se realizó en los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX.

Aún se disponía de otra institución no industrial que podía emplearse para inculcar la «economía del tiempo»: la escuela. Clayton se lamentaba de que las calles de Manchester estuvieran llenas de «niños harapientos sin nada que hacer; que no sólo pierden el Tiempo, sino que aprenden costumbres de juego», etc. Alababa las escuelas de caridad porque enseñaban Industriosidad, Frugalidad, Orden y Regularidad: «Los Escolares están obligados a levantarse temprano y observar las Horas con gran Puntualidad».⁸⁹ William Temple, al defender en 1770 que se enviara a los niños pobres a los cuatro años de edad a talleres donde se les pudiera emplear en alguna manufactura y recibieran dos horas de instrucción al día, fue explícito en cuanto a la influencia cívicamente educadora del método:

Es considerablemente útil que estén, de una forma u otra, constantemente ocupados al menos doce horas al día, se ganen la vida o no; ya que por estos medios esperamos que la generación próxima esté tan habituada al empleo constante que se convertirá a la larga en algo agradable y entretenido ...⁹⁰

Powell, en 1772, también consideró la educación como un entrenamiento en el «hábito de la industriosidad»; cuando el niño llegara a los seis o siete años debía estar «acostumbrado, para no decir naturalizado al Trabajo y la Fatiga».⁹¹ El reverendo William Turner, escribiendo en Newcastle en 1786, recomendaba las escuelas Raikes como un «espectáculo de orden y regularidad», y citaba a un fabricante de cáñamo y lino de Gloucester que había declarado que las escuelas habían operado un cambio extraordinario: «se han ... hecho más tratables y obedientes, y menos pendencieros y vengativos».⁹² Las exhortaciones a la puntualidad y regularidad están inscritas en los reglamentos de todas las escuelas primarias:

89. Clayton, *loc. cit.*, pp. 19, 42-43.

90. Citado en Furniss, *op. cit.*, p. 114.

91. Anónimo [Powell], *A View of Real Grievances*, Londres, 1772, p. 90.

92. W. Turner, *Sunday Schools Recommended*, Newcastle, 1786, pp. 23, 42.

Toda escolar debe estar en el aula los Domingos, a las nueve de la mañana, y a la una y media por la tarde, o perderá su puesto el próximo Domingo y se irá la última.⁹³

Una vez dentro del recinto de la escuela, el niño entraba en un nuevo universo de tiempo disciplinado. En las escuelas dominicales metodistas de York, los maestros eran multados por impuntualidad. La primera regla que debía aprender un escolar era:

Tengo que estar presente en la Escuela ... pocos minutos antes de las nueve y media en punto ...

Una vez allí, se encontraban bajo una reglamentación militar:

El Superintendente tocará nuevamente, entonces, con un movimiento de su mano, toda la Escuela se levantará de sus asientos inmediatamente; con un segundo movimiento los Escolares darán media vuelta; con un tercero se dirigirán, lenta y silenciosamente, al lugar señalado para repetir sus lecciones, pronunciará entonces la palabra «Comenzad» ...⁹⁴

La embestida, desde tan varias direcciones, a los antiguos hábitos de trabajo de las gentes no quedó, desde luego, sin oposición. En la primera etapa, encontramos simple resistencia.⁹⁵ Pero en la siguiente, mientras se impone la nueva disciplina de tiempo, los trabajadores empiezan a luchar, no contra las horas, sino sobre ellas. Los hechos no son del todo claros. Pero en los oficios artesanos mejor organizados, especialmente en Londres, no hay duda de que se acortaron progresivamente las horas en el siglo XVIII con el avance del asociacionismo. Lipson cita el caso de los sastres de Londres cuyos horarios se redujeron en 1721 y nuevamente en 1768: en am-

93. *Rules for the Methodist School of Industry at Pocklington, for the instruction of Poor Girls in Reading, Sewing, Knitting, and Marking*, York, 1819, p. 12.

94. *Rules for the Government, Superintendence, and Teaching of the Wesleyan Methodist Sunday Schools*, York, 1833. También Harold Silver, *The concept of popular education*, Londres, 1965, pp. 32-42; David Owen, *English philanthropy, 1660-1960*, Cambridge, Mass., 1965, pp. 23-27.

95. La mejor exposición de los problemas de los patronos se encuentra en S. Pollard, *The genesis of modern management*, Londres, 1965, cap. V: «La adaptación de la mano de obra».

bas ocasiones se acortaron también los intervalos a mitad del día que se permitían para almorzar y beber, el día se comprimió.⁹⁶ Hacia finales del siglo XVIII existen algunos indicios de que algunos de los oficios más favorecidos habían conseguido algo parecido a la jornada de diez horas.

Esta situación sólo podía mantenerse en oficios excepcionales y con un mercado de mano de obra favorable. La referencia en una octavilla de 1827 al «sistema inglés de trabajar de 6 de la mañana a 6 de la tarde»⁹⁷ puede ser un indicio más seguro de las expectativas generales con respecto a la jornada de trabajo de los obreros industriales y artesanos fuera de Londres en los años 1820. En los oficios deshonrosos y las industrias a domicilio la jornada (cuando había trabajo) estaba probablemente avanzando en dirección opuesta.

Era precisamente en las industrias —las fábricas textiles y talleres mecánicos— en que la nueva disciplina de tiempo se imponía más rigurosamente, donde la contienda sobre las horas se hizo más intensa. Al principio algunos de los peores patronos intentaron expropiar a los trabajadores de todo conocimiento del tiempo. «Yo trabajé en la fábrica del señor Braid», declaró un testigo:

Allí trabajábamos mientras pudiéramos ver en el verano, y no sé decir a qué hora parábamos. Nadie sino el patrón y su hijo tenía reloj, y no sabíamos la hora. Había un hombre que tenía reloj ... Se lo quitaron y lo pusieron bajo custodia del patrón porque había dicho a los hombres la hora ...⁹⁸

Un testigo de Dundee ofrece prácticamente el mismo hecho:

en realidad no había horas regulares: patronos y administradores hacían con nosotros lo que querían. A menudo se adelantaban los relojes de las fábricas por la mañana y se atrasaban por la tarde; y en

96. E. Lipson, *The economic history of England*, Londres, 1956⁶, III, pp. 404-406. Véase, por ejemplo, J. L. Ferri, *Londres et les Anglais*, Paris, An XII, I, pp. 163-164. Algunos de los datos en cuanto a las horas se analizan en G. Langenfelt, *The historic origin of the eight hours day*, Estocolmo, 1954.

97. *A Letter on the Present State of the Labouring Classes in America*, por un inteligente emigrante de Filadelfia, Bury, 1827.

98. Alfred [S. Kydd], *History of the Factory Movement ...*, Londres, 1857, I, p. 283, citado en P. Mantoux, *The Industrial Revolution in the eighteenth-century*, Londres, 1948, p. 427.

lugar de ser instrumentos para medir el tiempo, se utilizaban como capotes para el engaño y la opresión. Aunque esto se sabía entre los hombres, todos tenían miedo de hablar, y entonces los trabajadores tenían llevar relojes consigo, pues no era cosa rara que despidieran a cualquiera que presumiera de saber demasiado sobre la ciencia de la horología.⁹⁹

Se utilizaban mezquinas estratagemas para acortar la hora del almuerzo y alargar la jornada. «Todo fabricante quiere convertirse en un caballero de inmediato», dijo un testigo ante el Comité de Sadler:

y quiere recortar todas las esquinas posibles, de modo que la campana suene para salir cuando ha pasado medio minuto de la hora, y para entrar alrededor de dos minutos antes de la hora ... Si el reloj está como antes, el minuterero tiene un peso, de modo que tan pronto como pasa del punto de gravedad, salta tres minutos de una vez, así que quedan veintisiete minutos en lugar de treinta.¹⁰⁰

Un cartel de huelga de Todmorden, de la misma época aproximadamente, lo decía más abiertamente: «si ese pedazo de sudor asqueroso, “el viejo operario de máquinas de Robertshaw” no se ocupa de sus cosas, y nos deja en paz, vamos a preguntarle dentro de poco cuánto hace desde la última vez que recibió un cuarto de pinta de cerveza por pasarse diez minutos de la hora».¹⁰¹ Los patronos enseñaron a la primera generación de obreros industriales la importancia del tiempo; la segunda generación formó comités de jornada corta en el movimiento por las diez horas; la tercera hizo huelgas para conseguir horas extra y jornada y media. Habían aceptado las categorías de sus patronos y aprendido a luchar con ellas. Habían aprendido la lección de que el tiempo es oro demasiado bien.¹⁰²

99. Anónimo, *Chapters in the Life of a Dundee Factory Boy*, Dundee, 1887, p. 10.

100. *PP*, 1831-1832, XV, pp. 177-178. Véase también el ejemplo de la Comisión de Fábrica (1883) en Mantoux, *op. cit.*, p. 427.

101. El cartel está en mi poder.

102. Para un examen de la fase siguiente, en que los obreros habían aprendido «las reglas del juego», véase E. J. Hobsbawm, *Labouring men*, Londres, 1964, cap. XVII: «Costumbres, salarios y volumen de trabajo».

VI

Hemos visto hasta ahora algo acerca de las presiones externas que imponían disciplina. Pero ¿qué hay sobre la interiorización de la misma? ¿Hasta qué punto era impuesta y hasta qué punto asumida? Quizá debiéramos dar la vuelta otra vez al problema e insertarlo en la evolución de la ética puritana. No se puede pretender que hubiera nada radicalmente nuevo en predicar la industriiosidad o en la crítica moral de la ociosidad. Pero hay quizás una insistencia nueva, un acento más firme, cuando los moralistas que habían aceptado esta nueva disciplina para sí la prescriben para la gente que trabajaba. Mucho antes de que el reloj de bolsillo estuviera al alcance del artesano, Baxter y sus compañeros ofrecían su propio reloj moral interior a cada hombre.¹⁰³ Así, Baxter, en su *A Christian Directory*, practica muchas variaciones del tema de la Redención del Tiempo: «utilizad cada uno de los minutos como la cosa más preciosa. Y empleadlos todos en el deber». Las imágenes del tiempo como moneda están fuertemente destacadas, pero parece que Baxter tuviera ante los ojos de su pensamiento a un público de mercaderes y comerciantes:

Recordad lo recompensadora que es la Redención del Tiempo ... en el mercado, o en comerciar; en la labranza o en cualquier ocupación remuneradora, solemos decir que el hombre se hace rico cuando ha hecho uso de su Tiempo.¹⁰⁴

Oliver Heywood, en el *Youth's Monitor* (1689), se dirige al mismo público:

Observad las horas de intercambio, atended a los mercados; hay épocas especiales que os serán favorables para despachar vuestros

103. John Preston utilizó la imagen de la maquinaria de relojería en 1628: «En este curioso mecanismo de relojería de la religión, cada perno y cada rueda que se estropea perturba a la totalidad»: *Sermons Preached before His Majesty*, Londres, 1630, p. 18. Cf. R. Baxter, *A Christian Directory*, Londres, 1673, I, p. 285: «Un cristiano prudente y bien formado debe tener sus asuntos en un orden tal, que cada deber corriente tenga su lugar, y todos deben estar ... como las piezas de un Reloj o de cualquier otra máquina, que deben estar agrupadas en conjunción, en su debido lugar».

104. *Ibid.*, I, pp. 274-275, 277.

negocios con facilidad y fortuna; hay momentos críticos, en los cuales, si decaen vuestras acciones, pueden ponerlos en el buen camino con celeridad: las épocas de hacer o recibir bienes no duran siempre; la feria no continúa todo el año ...¹⁰⁵

La retórica de la moral pasa ligera entre dos polos. Por una parte, apostrofa sobre la brevedad de la existencia mortal, cuando se compara con la certeza del Juicio. Por ejemplo, *Meetness for Heaven* (1690), de Heywood:

El tiempo no perdura, sino que vuela rápido; pero lo que es perenne depende de él. En este mundo ganamos o perdemos la felicidad eterna. El gran peso de la eternidad pende del fino y espinoso hilo de la vida ... Esta es nuestra jornada, nuestra hora de mercado ... Oh Señores, dormid ahora y despertad en el infierno del cual no hay redención.

O, otra vez en el *Youth's Monitor*: el tiempo «es una mercancía demasiado preciosa para subestimarla ... es esta la cadena dorada de la cual pende la eternidad entera; la pérdida de tiempo es insostenible, porque es irrecuperable».¹⁰⁶ O del *Directory* de Baxter:

Oh, ¿dónde está la cabeza de esos hombres, y de qué metal están sus duros corazones hechos, que pueden holgar y jugarse ese Tiempo, ese poco Tiempo, ese único Tiempo, que se les concede para la eterna salvación de sus almas?¹⁰⁷

Por otra parte, tenemos las más abiertas y mundanas admoniciones sobre el buen gobierno del tiempo. Por ejemplo, Baxter, en *The Poor Man's Family Book*, aconseja: «Que tus horas de sueño sean sólo tantas como exige tu salud; Pues no se debe perder un tiempo precioso en innecesaria inercia»: «vistete rápidamente»; «dedícate a tus labores con diligencia constante».¹⁰⁸ Ambas tradiciones fueron entregadas, por medio del *Serious Call* de Law, a John Wesley. El nombre mismo de «metodistas» subraya este buen gobierno del tiempo. También en Wesley hay dos extremos: el hurgar en el

105. *The Whole Works of the Rev. Oliver Heywood*, Idle, 1826, V, p. 575.

106. *Ibid.*, V, pp. 386-387; véase también p. 562.

107. Baxter, *op. cit.*, I, p. 276.

108. R. Baxter, *The Poor Man's Family Book*, Londres, 1697⁶, pp. 290-291.

nervio de la mortalidad y la homilía práctica. Era el primero (y no los terrores del infierno) el que a veces daba ribetes históricos a sus sermones, y transportaba a los convertidos a una repentina conciencia de sus pecados. Continuó también las imágenes del tiempo como moneda, pero menos explícitamente como mercader o mercado:

Cuida que andes con circunspección, dice el Apóstol ... redimiendo el tiempo; dejando todo el tiempo que puedas para los mejores propósitos; rescatando cada fugaz momento de las manos del pecado y Satán, de las manos de la pereza, la comodidad, el placer, las cosas de este mundo ...

Wesley, que nunca hizo una excepción consigo mismo, y que se levantaba todos los días a las cuatro de la mañana hasta los 80 años (ordenó que los muchachos de Kingswood School hicieran lo mismo), publicó en 1786 como folleto su sermón *The Duty and Advantage of Early Rising*: «Al empaparse ... tanto tiempo entre las tibias sábanas, la carne se recuece, como si dijéramos, y se hace blanda y floja. Los nervios, mientras tanto, quedan muy trastornados». Esto nos recuerda la voz de Sluggard de Isaac Watts. Dondequiera que Watts dirigiera la mirada en la naturaleza, a «la atareada abejita» o al sol saliendo «a su debida hora», sacaba la misma lección para el hombre degenerado.¹⁰⁹ Al lado de los metodistas, los evangelistas adoptaron el mismo tema. Hannah More contribuyó con unas líneas imprecisas en «Early rising»:

Pereza, silenciosa asesina, no más
Tengas mi mente aprisionada;
Ni me dejes perder una hora más
Contigo, Sueño felón.¹¹⁰

En uno de sus folletos, *The Two Wealthy Farmers*, consigue introducir la imagen del tiempo como moneda en el mercado de trabajo:

109. *Poetical Works of Isaac Watts, DD*, Cooke's Pocket ed., Londres, [1802], pp. 224, 227, 232. El tema no es nuevo, por supuesto: el párroco de Chaucer dijo: «Dormir mucho en calma es un gran engendrador de lujuria».

110. H. More, *Works*, Londres, 1830, II, p. 42. Véase también p. 35: «Tiempo». [Thou silent murderer, Sloth, no more / My mind imprison'd keep; / Nor let me waste another hour / With thee, thou felon Sleep.]

Cuando llamo a mis obreros los Sábados por la noche para pagarles, a menudo me hace pensar en el grande y general día de rendir cuentas, cuando yo, y tú, y todos nosotros, seremos llamados a un grande y terrible reconsiderar ... Cuando veo que uno de mis hombres ha malogrado parte del salario que debía recibir, porque ha estado holgazaneando en la feria; otro que ha perdido un día por un golpe de la bebida ... no puedo evitar el decirme, ha llegado la Noche; ha llegado la noche del Sábado. Ni el arrepentimiento ni la diligencia de estos pobres hombres pueden ahora hacer buena una semana de mal trabajo. Esta semana se ha perdido en la eternidad.¹¹¹

Mucho tiempo antes de la época de Hannah More, sin embargo, el tema del celoso gobierno del tiempo había dejado de ser una tradición particular de puritanos, wesleyanos o evangélicos. Fue Benjamin Franklin, que tuvo de por vida un interés técnico en los relojes y que contaba entre sus amigos con John Whitehurst de Derby, inventor del reloj registrador, el que dio su expresión secular menos ambigua:

Puesto que nuestro Tiempo está reducido a un Patrón, y los Metales Preciosos del Día acuñados en Horas, los Industriales saben emplear cada Pieza del Tiempo en verdadero Beneficio de sus diferentes Profesiones: y el que es pródigo con sus Horas es, en realidad, un Malgastador de Dinero. Yo recuerdo a una Mujer notable, que era muy sensible al Valor intrínseco del *Tiempo*. Su marido hacía Zapatos y era un excelente Artesano, pero no se ocupaba del paso de los minutos. En vano le inculcaba ella *que el Tiempo es Dinero*. El tenía demasiado Ingenio para comprenderla, y esto fue su Ruina. Cuando estaba en la Taberna con sus ociosos Compañeros, si uno observaba que el Reloj había dado las Once, ¿*Y qué es eso*, decía él, *para nosotros?* Si ella le mandaba aviso con el Chico, de que habían dado las Doce, *Dile que esté tranquila, que no pueden ser más*. Si que había dado la una, *Ruégale que se consuele, que no puede ser menos*.¹¹²

Este recuerdo procede directamente de Londres (sospechamos) donde Franklin trabajó como impresor en los años 1720, si bien sin seguir jamás, nos asegura en su *Autobiografía*, el ejemplo de sus

111. *Ibid.*, III, p. 167.

112. *Poor Richard's Almanac* (enero de 1751), en *The Papers of Benjamin Franklin*, ed. L. W. Labaree y W. J. Bell, New Haven, 1961, IV, pp. 86-87.

compañeros de trabajo en observar San Lunes. Es en cierto sentido apropiado que el ideólogo que proporcionara a Weber su texto central como ilustración de la ética capitalista¹¹³ perteneciera, no al Viejo Mundo, sino al Nuevo: el mundo que inventaría el reloj registrador, sería pionero en el estudio de tiempo-y-movimiento, y llegaría a su apogeo con Henry Ford.¹¹⁴

VII

Los nuevos hábitos de trabajo se formaron, y la nueva disciplina de tiempo se impuso, de todos estos modos: la división del trabajo, la vigilancia del mismo, multas, campanas y relojes, estímulos en metálico. En algunos casos tardó muchas generaciones (como en el caso de los alfares) y se puede poner en duda en qué medida se consiguió plenamente: los ritmos irregulares de trabajo se perpetuaron (e incluso institucionalizaron) hasta el presente siglo, notablemente en Londres y en los grandes puertos.¹¹⁵

A lo largo del siglo XIX se continuó dirigiendo a los obreros la propaganda de la economía del tiempo, degradándose la retórica, deteriorándose cada vez más los apóstrofes a la eternidad, haciéndose las homilias cada vez más pobres y banales. En tratados y folletos de comienzos de la época victoriana dirigidos a las masas, la cantidad del material ahoga. Pero la eternidad se ha convertido

113. Max Weber, *The protestant ethic and the spirit of capitalism*, Londres, 1930, pp. 48-50 y *passim*.

114. Ford empezó su carrera arreglando relojes: puesto que había diferencias entre las horas locales y las horas establecidas por los ferrocarriles, confeccionó un reloj, con dos esferas, que marcaba ambas horas; un principio ominoso: H. Ford, *My life and work*, Londres, 1923, p. 24.

115. Existe una abundante literatura portuaria del siglo XIX que ilustra esto. Sin embargo, en época reciente el trabajador temporero de los puertos ha dejado de ser un «accidente» del mercado laboral (como lo veía Mayhew) y se destaca por su preferencia por las altas ganancias sobre la seguridad: véase K. J. W. Alexander, «Casual labour and labour casualties», *Trans. Inst. of Engineers and Shipbuilders in Scotland*, Glasgow, 1964. No he tratado en este trabajo los horarios ocupacionales introducidos por la sociedad industrial, sobre todo los trabajadores de turno nocturno (minas, ferrocarriles, etc.): véanse las observaciones del «Journeyman engineer» [T. Wright], *The Great Unwashed*, Londres, 1868, pp. 188-200; M. A. Pollock, ed., *Working Days*, Londres, 1926, pp. 17-28; Tom Nairn, *New Left Review*, 34 (1965), p. 38.

en uno de esos interminables relatos de muertes pías (o pecadores heridos por el rayo), mientras que las homilias se han convertido en pequeños retazos smilesianos sobre el humilde que progresó gracias al madrugar y la diligencia. Las clases ociosas empezaron a descubrir el «problema» (del cual tanto oímos hoy) del ocio de las masas. Una considerable proporción de trabajadores manuales (descubrió con alarma un moralista) después de terminar su trabajo tenían

... muchas horas del día para pasarlas como mejor creyeran, Y ¿de qué manera ... gastan este tiempo precioso aquellos cuyo pensamiento no está cultivado? ... Los vemos a menudo simplemente aniquilando estas porciones de tiempo. Durante una hora, o varias seguidas, ... se sientan en un banco o se tumban sobre la orilla del río o en un altozano ... abandonados a una completa ociosidad o letargo ... o agrupados en la carretera dispuestos a encontrar en lo que pase ocasión para una grosera jocosidad; lanzando alguna impertinencia o expresando alguna procacidad insultante, a expensas de las personas que pasan ...¹¹⁶

Esto era, claramente, peor que el Bingo: nula productividad combinada con descaro. En una sociedad capitalista madura hay que consumir, comercializar, *utilizar* todo el tiempo; es insultante que la mano de obra simplemente «pase el rato».

Pero ¿hasta qué punto tuvo realmente éxito esta propaganda? ¿En qué medida nos está permitido hablar de una reestructuración radical de la naturaleza social del hombre y de sus hábitos de trabajo? En otro lugar he dado algunas razones para suponer que esta disciplina se había interiorizado realmente, y considerar las sectas metodistas de principios del XIX como una expresión de la crisis psíquica que acarrió.¹¹⁷ Así como el nuevo sentido del tiempo de los mercaderes y la alta burguesía del Renacimiento parece encontrar una forma de expresión en una intensa conciencia de la moral, así, podemos sostener, la extensión de este sentido a la gente obrera durante la Revolución industrial (junto con los riesgos y alta mortalidad de la época) puede ayudarnos a explicar el énfasis obsesivo en la muerte de sermones y tratados que eran consumidos por la

116. John Foster, *An Essay on the Evils of Popular Ignorance*, Londres, 1821, pp. 180-185.

117. Thompson, *op. cit.*, caps. XI y XII.

clase trabajadora. O (desde un punto de vista positivo) se puede observar que, mientras se desarrolla la Revolución industrial, los incentivos salariales y las fuerzas de consumo en expansión —las recompensas palpables del consumo productivo del tiempo y la evidencia de nuevas posiciones «predictivas» ante el futuro—¹¹⁸ son claramente efectivas. Hacia los años 1830 y 1840 era generalmente observado que el obrero industrial inglés se distinguía de su compañero irlandés, no por su mayor capacidad para el trabajo intenso, sino por su regularidad, su metódica administración de energía, y quizá también por la represión, no de los placeres, pero sí de la capacidad para descansar a las antiguas y desinhibidas usanzas.

No existe medio alguno para cuantificar el sentido del tiempo de uno o un millón de obreros. Pero es posible proporcionar una comprobante de tipo comparativo. Porque lo que el moralista mercantilista decía con respecto a la falta de respuesta del inglés pobre del siglo XVIII a incentivos y disciplinas, es con frecuencia repetido por observadores y teóricos del desarrollo económico con respecto a las gentes de países en vías de desarrollo hoy día. Así por ejemplo, se consideraba a los peones mexicanos en los primeros años de este siglo como «gente indolente e infantil». El minero mexicano tenía la costumbre de volver a su aldea para sembrar y cosechar el grano:

Su falta de iniciativa, incapacidad para ahorrar, ausencias cada vez que celebran una de sus excesivas fiestas, disposición para trabajar sólo tres o cuatro días a la semana si con eso paga sus necesidades, insaciable deseo del alcohol ... se señalaban como prueba de su inferioridad natural.

No respondía al estímulo directo del jornal, y (como el minero inglés del carbón o del estaño del siglo XVIII) respondía mejor a sistemas de contratación y subcontratación:

Cuando se le da un contrato y la seguridad de que obtendrá tanto dinero por tonelada que saque de la mina, y que no importa cuánto tiempo tarde en sacarlo, o cuántas veces se siente a contemplar la vida, trabajará con un vigor extraordinario.¹¹⁹

118. Véase el importante estudio sobre actitudes anticipatorias y predictivas y su influencia en el comportamiento económico y social, en P. Bourdieu, *op. cit.*

119. Citado en M. D. Bernstein, *The Mexican mining industry, 1890-1950*, Nueva York, 1964, cap. VII; véase también M. Mead, *op. cit.*, pp. 179-182.

Al hacer ciertas generalizaciones fundadas en otro estudio de las condiciones de trabajo mexicanas, observa Wilbert Moore: «El trabajo está casi siempre orientado al quehacer en las sociedades no industriales ... y ... puede ser conveniente vincular los salarios a las tareas y no directamente a las horas, en áreas de reciente desarrollo».¹²⁰

El problema reaparece en formas variadas en la literatura de la «industrialización». Para el ingeniero del desarrollo económico puede ser un problema de absentismo: ¿cómo debe tratar la Compañía al obrero impenitente de la plantación del Camerún que declara: «¿Cómo puede un hombre trabajar así, día tras día, sin faltar? ¿No se morirá?».¹²¹

... todas las costumbres de la vida africana hacen que un nivel alto y sostenido de esfuerzos en una jornada de extensión dada sea una carga mayor, tanto física como psíquica, que en Europa.¹²²

Los compromisos de tiempo en el Oriente Medio y América Latina se tratan con frecuencia con cierta ligereza para criterios europeos; los nuevos obreros industriales sólo se acostumbran gradualmente a los horarios regulares, asistencia regular y un ritmo de trabajo regular; no siempre se puede confiar en los horarios para el transporte y entrega de materiales ...¹²³

Puede creerse que el problema consiste en adaptar los ritmos estacionales rurales, con sus festejos y fiestas religiosas, a las necesidades de la producción industrial:

El trabajo anual de la fábrica es necesariamente acorde con las demandas de los obreros, en lugar del ideal desde el punto de vista de la más eficiente producción. Numerosos intentos por parte de la

120. W. E. Moore, *Industrialization and labor*, Ithaca, 1951, p. 310, y pp. 44-47, 114-122.

121. F. A. Wells y W. A. Warmington, *Studies in industrialization: Nigeria and the Cameroons*, Londres, 1962, p. 128.

122. *Ibid.*, p. 170. Véanse también pp. 183, 198, 214.

123. Edwin J. Cohn, «Social and cultural factors affecting the emergence of innovations», en *Social Aspects of Economic Development*, Economic and Social Studies Conference Board, Estambul, 1964, pp. 105-106.

administración para alterar el sistema de trabajo han sido nulos. La fábrica vuelve a un plan aceptable al cantelano.¹²⁴

O se puede considerar, como ocurrió en los primeros años de las fábricas de algodón de Bombay, que consiste en conservar la mano de obra al precio de perpetuar métodos ineficaces de producción —horarios flexibles, descansos y horas de comida irregulares, etc.—. Más generalmente, en países donde el vínculo entre el nuevo proletariado industrial y sus familiares (y quizá tierras arrendadas o derecho a alguna tierra) de la aldea sea mucho más próximo —y se mantenga mucho más tiempo— que en la experiencia inglesa, parece cuestión de disciplinar una mano de obra que sólo se siente parcial y temporalmente «comprometida» con la forma de vida industrial.¹²⁵

Los hechos son abundantes, y, por el método de contrastar, nos recuerdan hasta qué punto nos hemos acostumbrado a diferentes disciplinas. Las sociedades industriales maduras de todo tipo se distinguen porque administran el tiempo y por una clara división entre

124. Manning Nash, «The recruitment of wage labor and the development of new skills», *Annals of the American Academy*, CCCV (1956), pp. 27-28. Véanse también Manning Nash, «The reaction of a civil-religious hierarchy to a factory in Guatemala», *Human Organization*, XIII (1955), pp. 26-28, y B. Salz, *op. cit.* (supra, nota 6), pp. 94-114.

125. W. E. Moore y A. S. Feldman, eds., *Labor commitment and social change in developing areas*, Nueva York, 1960. Entre los trabajos útiles sobre adaptación y absentismo se incluyen W. Elkan, *An African labour force*, Kampala, 1956, esp. los caps. II y III; y F. H. Harbison e I. A. Ibrahim, «Some labor problems of industrialization in Egypt», *Annals of the American Academy*, CCCV (1956), pp. 114-129. M. D. Morris (*The emergence of an industrial labor force in India*, Berkeley, 1965) desestima la seriedad del problema de disciplina, absentismo, fluctuaciones de temporada en el empleo, etc., en las fábricas de algodón de Bombay a finales del siglo XIX, pero en muchos puntos sus afirmaciones parecen contradecir sus propios datos: véase pp. 85, 97, 102; véanse también C. A. Myers, *Labor problems in the industrialization of India*, Cambridge, Mass., 1958, cap. III, y S. D. Mehta, «Professor Morris on textile labour supply», *Indian Economic Journal*, I, 3 (1954), pp. 333-340. El trabajo del profesor Morris, «The recruitment of an industrial labor force in India, with British and American comparisons», *Comparative Studies in Society and History*, II (1960), desvirtúa y malinterpreta los datos ingleses. Hay estudios útiles de una mano de obra sólo parcialmente «comprometida» en G. V. Rimplinger, «Autocracy and the early Russian factory system», *Jour. Econ. Hist.*, XX (1960), y T. V. von Laue, «Russian peasants in the factory», *ibid.*, XXI (1961).

«trabajo» y «vida».¹²⁶ Pero, habiendo llevado hasta este punto el problema, podemos permitirnos moralizar algo por nuestra cuenta, al estilo del siglo XVIII. De lo que se trata no es del «nivel de vida». Si los teóricos del desarrollo así lo desean, aceptaremos que la antigua cultura popular era en muchos sentidos pasiva, intelectualmente vacía, falta de aceleramiento, y, simple y llanamente, pobre. Sin disciplinar el tiempo no podríamos tener la apremiante energía del hombre industrial; y llegue esta disciplina en forma de metodismo, stalinismo, o nacionalismo, llegará al mundo desarrollado.

Lo que hay que decir no es que una forma de vida es mejor que otra, sino que es parte de un problema mucho más profundo; que el testimonio histórico no es sencillamente cambio tecnológico neutral e inevitable, sino también explotación y resistencia a la explotación; y que los valores son susceptibles de ser perdidos y encontrados. Los trabajos de sociología de la industrialización, que se multiplican con rapidez, son como un paisaje estragado por diez años de sequía moral: hay que pasar muchos miles de palabras que conforman resacas abstracciones ahistóricas, entre cada oasis de realidad humana. Hay demasiados empresarios del desarrollo occidentales que parecen sentirse enteramente satisfechos de los beneficios que, con respecto a la reforma del carácter, ofrecen con sus manos a sus retrasados hermanos. La «estructuración de la mano de obra» nos dicen Kerr y Siegel:

... supone el establecimiento de reglas para las horas de trabajo y no trabajo, para los métodos y cantidades a pagar, para el movimiento de entrada y salida al trabajo y de una posición a otra. Supone reglas relacionadas con el mantenimiento de la continuidad en el proceso laboral ... el intento de minimizar la revuelta individual u organizada, la provisión de una visión del mundo, de orientación ideológica, de creencias ...¹²⁷

Wilbert Moore ha llegado a confeccionar una lista de la compra de «los omnipresentes valores y las guías normativas de alta relevancia

126. Véase G. Friedmann, «Leisure and technological civilization», *Int. Soc. Science Jour.*, XII (1960), pp. 509-521.

127. C. Kerr y A. Siegel, «The structuring of the labor force in industrial society: new dimensions and new questions», *Industrial and Labor Relations Review*, II (1955), p. 163.

para la meta del desarrollo social»; «estos cambios de actitud y creencias son “necesarios” para lograr un rápido desarrollo económico y social»:

Impersonalidad: juicio por méritos y actos, no por procedencia social o cualidad sin importancia.

Especificidad de las relaciones en términos tanto de contexto como de límites de interacción.

Racionalidad y resolución de problemas.

Puntualidad.

Reconocimiento de interdependencia individualmente limitada pero sistemáticamente vinculada.

Disciplina, deferencia ante la autoridad establecida.

Respeto al derecho de propiedad ...

Éstos, junto con «resultados y aspiración de ascenso», nos tranquiliza Moore, no se

indican como lista exhaustiva de los méritos del hombre moderno ... El «hombre completo» también amará a su familia, venerará a Dios, y expresará sus habilidades estéticas. Pero mantendrá cada uno de estos aspectos «en su sitio».¹²⁸

No debe sorprender que las «provisiones de orientación ideológica» de los Baxter del siglo XX sean bien acogidas en la Fundación Ford. Que aparezcan también a menudo en publicaciones patrocinadas por la UNESCO es menos fácilmente explicable.

VIII

Es un problema por el que tienen que pasar, y superar, los pueblos del mundo en vías de desarrollo. Esperemos que recelen de los modelos manipuladores, que presentan a las masas trabajadoras simplemente como mano de obra inerte. Y en cierto sentido, también, en el ámbito de los países industriales avanzados, ha dejado de ser

128. E. de Vries y J. M. Echevarría, eds., *Social aspects of economic development in Latin America*, UNESCO, 1963, p. 237.

un problema situado en el pasado. Porque hemos llegado a un punto en que los sociólogos están disertando sobre el «problema» del ocio. Y parte del problema es cómo llegó a convertirse en tal. El puritanismo, en su matrimonio de conveniencia con el capitalismo industrial, fue el agente que convirtió a los hombres a la nueva valoración del tiempo; que enseñó a los niños, incluso en su infancia, a progresar a cada luminosa hora, y que saturó las cabezas de los hombres con la ecuación el tiempo es oro.¹²⁹ Una forma constante de revuelta en el mundo occidental industrial y capitalista, sea bohemia o *beatnik*, ha tomado con frecuencia la forma de una ignorancia absoluta de la urgencia de los respetables valores del tiempo. Y surge una interesante pregunta: si el puritanismo fue parte necesaria de la ética laboral que permitió al mundo industrializado salir de las economías de pobreza del pasado, ¿empezará a descomponerse la valoración puritana del tiempo al aflojarse las presiones de la pobreza? ¿Está ya en descomposición? ¿Empezarán los hombres a perder ese inquieto sentido de urgencia, ese deseo de consumir el tiempo con resolución, que lleva la mayoría de la gente con la misma naturalidad que un reloj de pulsera?

Si van a aumentar nuestras horas de ocio, en un futuro automatizado, el problema no consiste en «cómo podrán los hombres *consumir* todas estas unidades adicionales de tiempo libre», sino «qué capacidad para la experiencia tendrán estos hombres con este tiempo no normatizado para vivir». Si conservamos una valoración puritana del tiempo, una valoración de mercancía, entonces se convierte en cuestión de cómo hacer ese tiempo *útil*, o cómo explotarlo para las industrias del ocio. Pero si la idea de finalidad en el uso del tiempo se hace menos compulsiva, los hombres tendrán que reaprender algunas de las artes de vivir perdidas con la Revolución industrial: cómo llenar los intersticios de sus días con relaciones personales y sociales más ricas, más tranquilas; cómo romper otra vez las barreras entre trabajo y vida. Y de aquí surgiría una dialéctica novel en la cual una parte de las antiguas y agresivas energías y disciplinas emigrarán a las naciones de reciente industrialización, mientras las viejas naciones industrializadas se esfuerzan en descu-

129. Hay comentarios sugerentes sobre esta ecuación en Lewis Mumford y S. de Grazia, citado *supra*, nota 1; Paul Diesing, *Reason in society*, Urbana, 1962, pp. 24-28; Hans Meyerhoff, *Time in literature*, Universidad de California, 1955, pp. 106-119.

brir modos de experiencia olvidados antes de que comience la historia escrita:

... los nuer carecen de una expresión equivalente al «tiempo» de nuestra lengua y, por esta razón, a diferencia de nosotros, no pueden hablar del tiempo como si fuera algo real, que pasa, que puede desperdiciarse, aprovecharse, etc. No creo que experimenten nunca la misma sensación de lucha contra el tiempo o de tener que coordinar las actividades con un paso abstracto del tiempo, porque sus puntos de referencia son principalmente las propias actividades, que suelen ser de carácter pausado. Los acontecimientos siguen un orden lógico, pero no hay sistema abstracto que los controle, al no haber puntos de referencia autónomos a los que tengan que adaptarse con precisión. Los nuer son afortunados.¹³⁰

Desde luego, ninguna cultura reaparece con la misma forma. Si el hombre ha de satisfacer las exigencias tanto de una industria automatizada muy sincronizada, como de zonas mucho más extensas de «tiempo libre», debe de alguna manera combinar en una nueva síntesis elementos de lo antiguo y lo nuevo, encontrando imágenes no surgidas ni en las estaciones ni en el mercado sino de acontecimientos humanos. La puntualidad en el trabajo expresaría el respeto hacia los compañeros de trabajo. Y el pasar el tiempo sin finalidad sería un tipo de comportamiento visto con aprobación por nuestra cultura.

Difícilmente puede lograr la aprobación de aquellos que ven la historia de la «industrialización» en términos aparentemente neutros pero que están, en realidad, cargados de valoración, como una progresiva racionalización al servicio del desarrollo económico. Este argumento es por lo menos tan viejo como la Revolución industrial. Dickens vio el lema de Thomas Gradgrind («dispuesto a pesar y medir cualquier parcela de naturaleza humana, y a decir exactamente cuánto suma») como el «reloj estadístico mortal» de su observatorio «que medía cada segundo con un golpe como el de una llamada en la tapa de un féretro». Pero el racionalismo ha desarrollado nuevas dimensiones sociológicas desde la época de Gradgrind. Fue Werner Sombart quien —utilizando la imagen pre-

130. E. Evans-Pritchard, *op. cit.*, p. 103.

ferida del relojero— sustituyó al Dios del materialismo mecánico por un empresario:

Si el moderno racionalismo económico es como el mecanismo de un reloj, tiene que haber alguien que le dé cuerda.¹³¹

Las universidades occidentales están hoy repletas de artesanos relojeros, ansiosos de patentar nuevas claves. Pero pocos todavía han llegado tan lejos como Thomas Wedgwood, hijo de Josiah, que diseñó un plan para introducir las horas y la disciplina del tiempo de Etruria en los talleres mismos de la conciencia formativa del niño:

Mi objetivo es alto. He estado esforzándome por dar con un golpe maestro que se anticipe un siglo o dos al progreso del ritmo amplio del avance humano. Prácticamente todo paso previo de su avance puede adscribirse a la influencia de personajes superiores. Ahora bien, yo opino que en la educación de los más grandes de estos personajes, no se ha procurado que más de una hora de cada diez contribuya a la formación de esas cualidades de las que ha dependido esta influencia. Supongamos que poseemos una relación detallada de los veinte primeros años de la vida de algún extraordinario genio; ¡que caos de percepciones! ... ¡Cuántas horas, días, meses, se han gastado pródigamente en ocupaciones improductivas! ¡Qué multitud de impresiones a medio formar y conceptos abortivos mezclados en una masa de confusión! ...

En las cabezas mejor reguladas de la actualidad, ¿no hubo y hay algunas horas del día pasadas en ensimismamiento, el pensamiento sin gobierno, sin guía?¹³²

El plan de Wedgwood era modelar un nuevo sistema de educación, riguroso, racional y cerrado. Se propuso a Wordsworth como uno de los posibles superintendentes. Su respuesta fue escribir *The Pre-*

131. «Capitalism», *Encyclopaedia of the Social Sciences*, Nueva York, ed. de 1953, III, p. 205.

132. Thomas Wedgwood a William Godwin, 31 de julio de 1797, publicado en el importante artículo de David Erdman, «Coleridge, Wordsworth, and the Wedgwood Fund», *Bulletin of the New York Public Library*, LX (1956).

lude, un ensayo sobre el desarrollo de la conciencia del poeta que fue, simultáneamente, una polémica contra

Los Guías, los Vigilantes de nuestras Facultades,
y Administradores de nuestro trabajo, hombres alerta
y hábiles en la usura del tiempo,
sabios, que en su presunción querrían controlar
todo accidente, y al camino mismo
que han labrado querrían confiarnos,
como máquinas ...¹³³

Porque no existe el desarrollo económico si no es, al mismo tiempo, desarrollo o cambio cultural; y el desarrollo de la conciencia social, como el del pensamiento del poeta, no puede, en última instancia, seguir un plan determinado.

7. LA VENTA DE ESPOSAS

I

Hasta hace unos pocos años el recuerdo histórico de la venta de esposas en Inglaterra quizá sería mejor calificarlo de amnesia. ¿Quién querría recordar prácticas tan bárbaras? En la década de 1850 casi todos los comentaristas ya afirmaban que la práctica era a) rarísima, y b) sumamente ofensiva para la moral (aunque algunos folcloristas empezaban a darle vueltas a la idea, en tono de excusa, de que quedaban vestigios de aquella pagana costumbre).

El tono de *The Book of Days* (1878), de Chambers, es representativo. El panorama «es sencillamente una ofensa a la decencia ... Sólo cabe considerarlo como prueba de la estúpida ignorancia y los sentimientos brutales de una parte de nuestra población rural». Y era tanto más importante rechazar y denunciar la práctica cuanto que los «vecinos continentales» de Inglaterra se habían fijado en los «ejemplos esporádicos de venta de esposas» y «creen seriamente que es un hábito de todas las clases de nuestro pueblo, y lo citan constantemente como prueba de nuestra baja civilización».¹ Los franceses, con su habitual frivolidad rencorosa, eran los peores en este sentido: se presentaba a Milord John Bull con botas y espuelas en el mercado de Smithfield pregonando «à quinze livres ma femme!», mientras Milady esperaba en un corral, con el ronزال puesto.²

1. *The Book of Days*, ed. de R. Chambers, 1878, I, pp. 487-488.

2. Comentarios interesantes sobre la práctica aparecen ya en 1776, *Courier de l'Europe* (26 de noviembre). En lo sucesivo la prensa francesa publicaba a menudo ejemplos con comentarios apropiados. Véanse también [J. E. Jouy], *L'hermite de Londres*, París, 1821, II, p. 324; anónimo, *Six mois à Londres*, París, 1817; y Pillet, nota 69, p. 490. Se citan muchos ejemplos en J. W. von Achenholtz, *Annals*, V (1790), pp. 329-330; IX (1796), pp. 187-188.

133. *The Prelude*, Londres, ed. de 1805, libro V, líneas 377-383. Véase también el esquema en *Poetical Works of William Wordsworth*, ed. E. de Selincourt y Helen Darbishire, Oxford, 1959, V, p. 346. [The Guides, the Wardens of our faculties, / And Stewards of our labour, watchful men / And skilful in the usury of time, / Sages, who in their prescience would controul / All accidents, and to the very road / Which they have fashion'd would confine us down, / Like engines ...]